

65.

Argumento  
de *El Suroeste y  
Tuldenoma*

Pimentilla

Josita Hernán  
Rafael Durán









P I M E N T I L E A

---

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

---

# EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS

SÉRIE PRODUCCIÓN ESPAÑOLA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis - Teléfono 18841 - BARCELONA

# PIMENTILLA

Delicioso asunto, ameno y sentimental

Argumento y diálogos

RAFAEL VALDERRAMA

JUAN RUIZ MANENT

Música y cantables

FIDEL DEL CAMPO

Guión y dirección

JUAN LOPEZ DE VALCARCEL

Operador

MANOLO BERENGUER

Jefe de producción

BENITO LOPEZ RUANO

Estudios

LEPANTO

Es una realización

LEVANTE FILMS, S. L.

Distribución general:

LUIS MARTINEZ

Bailén, 16. — Alicante

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

*REALIZACION DE «PIMENTILLA»  
PERSONAL TÉCNICO*

Orquestas: ROVIRA y GALINDO

Secretario dirección: JOSÉ FOGUÉS

Director artístico: JOSÉ GARCÍA HERNÁNDEZ

Decorados: TOMÁS ISEEN

Maquillador: GURRUCHARI

*PRINCIPALES INTERPRETES:*

JOSITA HERNAN

RAFAEL DURAN

# PIMENTILLA

---

## Argumento de la película

---

¡Fastidioso!... ¡Sencillamente fastidioso!...

Al paso cansino de la yunta de mulas que lo arrastra con filosofía, el automóvil de Alvaro de Mendoza va carretera adelante, dejando resbalar sus llantas sobre el asfalto del camino con una pereza somnolienta, mientras el conductor, con el rostro aburrido, la mirada mortecina, pronto el hostero y el penamiento lejano, va conduciendo el coche silencioso, el coche al que se le ha parado el corazón, el coche que, de pronto, encaprichado, se le ha quedado parado en medio del camino con incomprendible terquedad, dispuesto a no seguir adelante si no es a la fuerza... Y a la fuerza, a la fuerza de las pacíficas mulas, ha puesto Mendoza su coche en marcha hasta que logre en-

contrar un garage donde reparar la estúpida avería.

¡Fastidioso!... ¡Sencillamente fastidioso!... La delicia del viaje en automóvil tiene su pro y su contra: cuando todo marcha bien es encantador; cuando al motor se le antoja indisponerse es abominable.

Alvaro de Mendoza es un muchacho al que las contrariedades no logran desesperarle; únicamente le aburren; y hoy, marchando al paso lento de la yunta de mulas, está más aburrido que de costumbre, porque podía haber marchado en el rápida, como le aconsejaba su padre, y se ha empeñado en hacer el viaje en el coche, en aquel coche que nunca tiene avería y que hoy, para hacerle quedar en mal lugar, ha sufrido una.

¡Paciencia!... Ya se ven a lo lejos los tejados del caserío próximo. Allí encontrará quizá algún garage... y si esto no es posible (a Alvaro se le antoja difícil hallar garage en aquel lugar apartado de la sierra) quizá encuentre teléfono y pueda ponerse al habla con el primer pueblo por el que pase el ferrocarril.

Alvaro hostera, disimulando el hostezo con la mano, y sigue haciendo girar el volante según los tumbos que va dando la carretera.

En el pueblo, como ha presentido, no hay quien le arregle el coche. La avería del motor no es gran cosa, pero hace falta cambiar una pieza y ésta no se encuentra en aquel lugar.

—¿Puedo telefonar?—pregunta, sin impacientarse, convencido de que en la vida hay que saber tomar con calma las contrariedades.

—Sí, puede.

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser?... En la tienda del tío Martín.

—¿Y dónde está la tienda?—inquire Mendoza, que no ha estado nunca en el pueblo ni ha oído hablar jamás del tío Martín.

—¿Dónde va a estar? — replica el hombre que le da la información—. Pues ahí enfrente... ¿No la ve usted?

Sí, sí la ve. Alvaro de Mendoza se encamina a la tienda del tío Martín, una tenducho tan chiquita como vieja,

repleta de esas mil y una cosas que en heterogénea promiscuidad se exhiben en las estanterías de las tenduchas de pueblo, que son a la vez colmado y mercería, charcutería y alfarería, donde al lado de un par de alpargatas cuelgan unos salchichones y junto a un cántaro de barro chillan los colores pueblerinos de unas madejas de lana burda.

Allá se encamina el joven automovilista, sin gran prisa, como si ya se hubiera contagiado de la pereza de las mulas.

En la tienda del tío Martín éste está arrellanado en una viejísima butaca, dermitando, mientras su sobrina Gloria, una chiquilla de diez y seis o diez y ocho años, apoyada de codos sobre el mostrador, lee con mucha seriedad, a alguien que debe escucharla atentamente, una novela que tiene en sus manos:

"Aquella tarde, Gloria no podía soñar que hallaría al príncipe de sus sueños... y, sin embargo, éste llegó en forma inesperada..."

Levantando los ojos del libro y mirando a su oyente, le preguntó muy seria:

—¿Verdad, Noty, que este libro es muy interesante?

Nadie replicó a la pregunta; sólo se dejó escuchar un breve gruñido de aquiescencia. Noty era únicamente un perrillo, compañero inseparable de la

sobrino del tío Martín y único paciente auditor de las obras que apasionaban a la chiquilla. Esta, ante el gruñido del perro, siguió leyendo atentamente:

“Llegó el Príncipe sin que Gloria se diera cuenta de su llegada; llegó con paso lento, silencioso, como si caminara en un andar de maravilla...”

Con paso lento, silencioso, entró Alvaro de Mendoza en la tienda y, sin reparar en la chiquilla que estaba en la penumbra, se dirigió al viejo y le preguntó:

—¿Puedo telefonar?

—Sí—contestó el tío Martín, mirando al recién llegado con mirada aviesa.

—¿Dónde está el teléfono?—volvió a preguntar Mendoza, sin admirarse mucho de la poca cortesía del tendero.

—Ahí...

Con un gesto vago el viejo señaló el aparato que colgaba en un rincón de la tienda, junto a un espejo sobre el cual varias generaciones de moscas habían dejado la huella de su paso.

Alvaro dejó en el suelo el maletín que llevaba en la mano y se acercó al receptor, marcando un número y esperando pacientemente que le contestaran.

Dejó de leer la chiquilla al ver a tan distinguido cliente en aquella tienda a la que sólo llegaban las gentes del pueblo, y miró, con los ojos llenos de asombro, las innumerables etiquetas de todos los hoteles de las cuatro partes

del mundo que sobre la pequeña maleta formaban un jeroglífico de letras y colores. Notó, como si comprendiera también la importancia del nuevo cliente, se le quedó mirando con sus ojillos redondos y expresivos. Y ya ni él ni su amita volvieron a acordarse de las aventuras de la heroína del cuento que hasta entonces les había tenido tensa su atención.

Alvaro de Mendoza fijó sus ojos en el espejo que tenía ante sí y se quedó petrificado al ver reflejada en él la cara horrible de un ser monstruoso, la cara de una mujer que debía dar un susto al miedo, si con él se encontraba frente a frente, porque era tan horripilante que no parecía la de un ser humano; pero no tuvo tiempo de mirar al original, porque en aquel instante, del otro lado del hilo, una voz reclamó su atención:

—Estación de X al habla—dijo la voz.

—Oiga... ¿A qué hora pasa el expreso?—preguntó Alvaro, contestando al teléfono.

—A las nueve y cuarto.

—Pues haga el favor de reservarme una plaza en el coche cama... Sí, a nombre de Alvaro Mendoza... Soy Consejero de la Compañía... He tenido una avería en el coche y tengo precisión absoluta de llegar mañana a Madrid... Está bien... Confío en que ha tomado buena nota de mi encargo...

Dejó el auricular y volvióse, dispuesto a pagar la conferencia; pero se quedó parado en seco, sorprendido, gratamente sorprendido al encontrarse con el rostro risueño, franco, juvenil, bonito, en toda su natural belleza campesina, de la chiquilla que le contemplaba como si viera en él la imagen redéviva del Príncipe encantador de los cuentos de hadas.

Alvaro se acercó a ella sonriéndole y le dijo con un leve acento de ironía que la muchachita no pudo comprender:

—Oye, niña, deberías cambiar ese espejo.

—¿El espejo?... ¿Y por qué?—preguntó la sobrina del tío Martín, abriendo mucho aquellos ojos repletos de inocencia y de picardía al mismo tiempo.

Sin replicar, tomó a la niña de la mano, la condujo ante el espejo y la obligó a mirarse en él: el espejo era defectuoso, terrible, y reflejaba los rasgos completamente deformes. La chiquilla soltó una franca risotada, mientras exclamaba, con la boca llena de risa:

—¡Huy, horrible, espantosa!... ¡Qué gracia tiene!...

—Pues así te ha visto yo cuando telefonéba y no me ha hecho ninguna gracia.

—¿Así me ha visto?... ¡Huy!... ¡Pues y usted también está ahí que da

miedo!... ¡Anda, y hasta el tío Martín está espantoso!—siguió riendo la muchacha, buscando ahora en el espejo todas las imágenes que podían ponerse a su alcance para divertirse con la deformación devuelta por el cristal.

—Pero, ¿qué haces ahí, te digo?—le gritó el tío Martín—. Anda a despachar en seguida o te afeuré yo la cara de verdad...

—Sí, señor, sí... ya voy—replicó la chica, apresurándose mientras escondía a su espalda el libro que había estado leyendo hasta la llegada de Alvaro.

—¿Qué escondes ahí?—gritó el tío Martín, yendo directo hacia su sobrina.

—Nada... nada...

—¿Te digo qué escondes ahí?...

—Nada, tío.

Pero el tío Martín, que conocía las aficiones de su sobrina y las detestaba al mismo tiempo, dió un empujón a la niña, haciéndola volver de pronto, descubrió entre sus manos la novelita y se la arrancó violentamente:

—¿Otra novelucha!... ¡Si ya decía yo!... ¡Dámela y verás lo que hago con ella!... ¡Malditos papelotes!... "Gloria va a la ciudad..."—añadió, leyendo el título de la novelita—. ¡Ya te daré yo de novelas!... ¡Pa novelas estamos!...

Y con ira comenzó a arrugar el cuernito tan estimado y guardado hasta entonces con tanta pena.

—No, tía, no la rompa... no la rompa...—suplicó la pequeña.

Pero ya el tío Martín había maltratado con sus manaxas la novela y había arrojado al suelo, con saña, lo que él llamaba *papelucho*.

—¡Mi novela!... ¡Tan bonita como es!... ¡Y me la rompe!... ¡Y la protagonista se llamaba como yo!...— gime la chiquilla, sin dar rienda suelta a sus lágrimas, porque le da vergüenza llorar delante del caballero.

—Es usted muy brusco con la niña —interviene Alvaro—. No creo que sea para tanto...

—¡Usted no la conoce! ¡Siempre con sus novelotas, llenándose la cabeza de humo!

—Llenándose la cabeza de ideas, no es, y no de humo... Usted no me comprende, pero algún día me irá de aquí para siempre... ¡ra, sí, señor, para siempre! —afirma la chiquilla, dando

unas pataditas en el suelo, que son signo de resolución irrevocable.

—Siempre pensando en majaderías... —murmura el tío Martín mientras vuelve a su asiento que rara vez abandona, pues deja siempre a la pequeña todo el trabajo de la tienda.

—Naturalmente, tratándola así... —contestó Alvaro—. Es ya una mujercita... y muy hermosa—añadió.

Gloria le agradece con la mirada su elogio y, cuando se ve ya fuera del alcance de la ira del tío Martín, comienza a recoger del suelo los esparcidos pedazos de su novela predilecta, segura de que todavía podrá reconstruir el texto y terminar aquel relato interesante que la tiene absorta y que la hace soñar convirtiéndola, en imaginación, en la heroína de todas aquellas andanzas, mientras Alvaro coge su maleta y sale de la tienda.

• • •

Encerróse Gloria en su habitación, en aquel cuartucho lúbrico y estrecho donde dormía, en la trastienda, junto al de su tío, separado únicamente por un delgado tabique que dejaba llegar hasta ella los ronquidos de su verdugo.

Aquella noche Gloria no se acostó. Sentada al borde de su camastro, soñaba. La cabecita loca, llena de ideas nuevas, repleta de ensueños fomentados por la constante lectura de cuentos y novelas, vagaba lejos, muy lejos...

Gloria se veía transportada a otras latitudes, a otro ambiente, a la ciudad, a la ciudad desconocida, y, por lo mismo, admirada, deseada. Se creía la heroína de una de las novelas. Y pensaba que bien pudiera ser el joven que había ido aquella tarde a la tienda el Príncipe que viniera a despertarla de su largo sueño, a arrebatársela de manos del ogro de su tío, a convertirla en una princesita encantadora, que sería la admiración de la más distinguida sociedad...

Gloria soñaba despierta. Y despierta, parecía estar dormida. Actuaba como si estuviera poseída de sonambulismo.

Sin hacer ruido, quietamente, fué colocado en una caja de cartón todo su ajuar, bien pobre por cierto, aunque cuidado con esmero.

En su cerebro escuchaba el trepidar del tren, el silbido de la locomotora, y aun le parecía oír el balancero dulce y monótono del vagón al deslizarse rápido sobre los rieles tendidos hasta la infinito.

Soñaba en silencio... Ya se sentía transportada por unas alas invisibles, por las alas de su fantasía, que la llevaba tan lejos, tan lejos que ella misma ignoraba hasta dónde podría llegar.

Cuando tuvo arreglada la caja, aquella caja que había de servirle de maleta, se quedó pensativa, mirándola largamente... Le faltaba algo... En la maleta del "Príncipe" había ella visto algo que le llamara poderosamente la atención: aquellas etiquetas que anunciaban los hoteles más conocidos de las cuatro partes del globo, aquellas etiquetas que formaban un jeroglífico de letras y colores... ¿Cómo adornar su humilde caja con tan original dibujo?

Gloria se llevó un dedo a la frente

como si aquel gesto pudiera ayudarla a meditar, y de pronto, dando con la idea, sonrió satisfecha, salió a la tienda de puntillas para no hacer ruido, fué arrancando de los botes de conserva todas las etiquetas y las pegó cuidadosamente en su cajita.

Protegida por las sombras de la noche, segura de que tío Martín dormía en el más profundo y plácido de los sueños, salió a la calle. El pueblo entero dormía. Noty la miró sorprendido, porque no era hora de que sa saliera a la calle. Gloria le hizo un gesto significativo que el perro debió comprender, pues la siguió en silencio, moviendo alegremente el rabo, como si para él fuera también la máxima felicidad huir de aquella casa en donde se oía gruñir constantemente al tío Martín y donde era él quien recibía siempre el desahogo de todos los malos humores del viejo.

Llegaron a la estación sin ser vistos de nadie. Gloria suspiró. El tren iba a salir inmediatamente, porque la campana había dado ya la señal de partida y la máquina echaba humo a placer, como si desahogara sus pulmones para cobrar nuevos ánimos para emprender otra vez la ruta.

Mirando a todos lados con recelo, con Noty en brazos, cogiendo con dificultad su caja-maleta, subió Gloria a un vagón de tercera clase a tiempo que las ruedas del monstruo colosal comen-

zaban a girar lentamente sobre sus ejes...

Se acomodó, sin dar las buenas noches, con un gesto encogido y tímido, frente a un hombre gordo que ocupaba su asiento y más de la mitad de otro, y un hombre flaco que tenía calada la gorra hasta las cejas y que movía el rostro en un constante tic nervioso.

Gloria escondió a Noty debajo del asiento, puso la caja sobre sus rodillas y se quedó quieta, muy quieta, creyendo sin duda que si permanecía así, sin decir nada, su presencia pasaría inadvertida.

Sólo ahora que se veía ya en el tren, arrastrada por aquella velocidad que le daba un poco de vértigo, comenzaba a comprender la importancia de la resolución que había tomado.

Pero no sentía miedo. Gloria tenía el temple firme. Y tenía, sobre todo, la deliciosa inconsciencia de sus diez y ocho años.

En el vagón restaurante, en aquella misma hora, estaban cenando los pasajeros de primera clase, los privilegiados de la fortuna, las gentes que pueden viajar sin miedo, sin sobresalto, a la luz clara del día y no en las tinieblas y en el recato, como viajaban la infeliz sobrina del tío Martín y su inseparable Noty.

Ante una de las mesitas estaban Elena y Fernando, un pintoresco matrimonio ya de media edad, de muy buen

ver la dama, con aires autoritarios y superiores, contrastando con el caballero, quien se mostraba humilde y como si quisiera pasar inobservado, incluso por las propias miradas de su esposo, a la que sin duda debía temer un poco.

—¿Es que no te acuerdas de lo que te ocurrió por querer hacerte el hombre en el banquete de boda de Monchita?—le preguntó la esposa al marido al escuchar lo que éste había pedido al camarero.

—Pero, mujer, una copita de coñac... —se atrevió a protestar Fernando sin gran energía.

—Nada de coñac. Traiga usted una copita de agua de Mondáriz—ordenó Elena al camarero.

El camarero se retiró, mordiendo los labios para disimular una sonrisa, a tiempo que Alvaro de Mendoza, viendo dos lugares desocupados en la mesa en la que estaban Elena y Fernando, se acercó a dicha mesa y, excusándose cortésmente, dijo:

—¿Me permiten?

Alzó el marido los ojos hacia el que se atrevía a venir a molestarlos, y dejó escapar una exclamación de grata sorpresa:

—¡Pero sí es Mendoza!

—¡Oh, cuánto gusto encontrarles! —replicó Alvaro, reconociendo a uno de los Consejeros de la Compañía, de la que él mismo formaba parte—. Pero siéntese usted, por favor, se lo ruego

—añadió, viendo que Fernanda hacía esfuerzos por mantenerse en pie y no ser víctima del continuo movimiento del vagón.

—Siéntate, Fernando, ya sabes que siempre que vas en tren acabas cayéndote—ordenó la esposa mientras dejaba que Alvaro le besara la mano con respeto.

—Un coñac—ordenó Alvaro al camarero que se había acercado a él para inquirir qué deseaba.

Fernando suspiró quedamente. ¡Felices los solteros que no tenían quién les contradijera sus caprichos!

—Nosotros creíamos que haría usted el viaje en auto—decía Elena, entre tanto, sin dejar meter baza en la conversación a su marido.

—Así lo empené, pero tuve una avería y desistí de seguir el viaje en coche. ¿Un cigarrillo?—ofreció Alvaro a Fernando, presentándole su pitillera.

Fernando alargó la mano, pero Elena le detuvo por el brazo, diciéndole:

—Fernando, no fumes. Luego te pases la noche tosiendo y no me dejas dormir. No se le puede dejar solo un instante, ¿sabe usted, Alvaro? Por eso me he decidido a acompañar a mi esposo en este viaje. ¡No sabe ir solo por el mundo!

—Por Dios, Elenita, creo que exageras—replicó Fernando con resignación.

—No exagero... Bien sabes tú que en el último viaje que hiciste a Madrid

regresaste a casa con cinco días de retraso y el estómago hecho cisco. Y todavía no has sabido explicarme por qué cambiaste, equivocadamente, una moda completa por aquel gorrito de papel y el espantasuegras con bigote que aparecieron en tu maleta.

—Por Dios, Elenina... — volvió a murmurar Fernando. Y para cambiar el giro de la conversación, que comenzaba a hacerse demasiado molesta para él, preguntó a Mendoza:

—¿Y qué opina usted, amigo mío, acerca del resultado de nuestro viaje?

—Tengo la seguridad absoluta de que los Consejeros de los ferrocarriles del Sur aceptarán la unión con nosotros... Su red de líneas y la nuestra se complementan y, claro está, una sola dirección ha de beneficiar forzosamente los intereses que quieren conjugarse.

—Sin embargo, yo opinó que...

—No opines, Fernando — interrumpió la curiosa esposa—. No opines, que tú siempre te equivocas.

Mendoza tuvo que beberse de un trago su copa de coñac para no soltar la carejada. Aquel matrimonio siempre le había hecho reír.

Entre tanto, Gloria, en su departamento de tercera, entre el hombre gordo y el hombre del tic nervioso, estaba

sufriendo el verdadero suplicio de Tántalo: el hombre del tic nervioso dormía en el más profundo y apasionante de los sueños, sin darse cuenta de las horas que pasaban, felix en su inconsciencia soporífera; el hombre gordo engullía con ziharita complacencia unas chuletas y unas salchichas tan aromáticas que el apetito de Gloria iba adquiriendo proporciones alarmantes. ¡Si al menos pudiera dormir como el hombre del tic nervioso!... Y ya que no podía dormir... ¡si pudiera comer como comía el hombre gordo!...

Noty debía estar en las mismas alternativas de su ama, porque de vez en cuando riumesaba con mala intención.

Por fin el hombre gordo, cuando hubo satisfecho a su placer sus apetitos gástricos, se acomodó en el rincón del departamento y no tardó en roncuar apaciblemente, mientras iba haciendo una lenta y suave digestión.

Noty debió comprender que era llegado el momento, porque saliendo de su escondite se acercó al cesto que el hombre gordo había dejado en el suelo entre sus piernas, y Gloria, con una finura de ladrón de alta escuela, se apoderó de un magnífico pedazo de carne, del que comieron los dos como buenos compañeros de viaje.

\* \* \*

—De modo que el perro y tú viajas sin billete... ¡Anda, ven conmigo! —dijo el revisor del ferrocarril al llegar a la estación de término Gloria y Noty, cogiendo a la chica por un brazo y tratando de hacerla seguir para llevarla ante el comisario de policía y ver qué se hacía de la desaprensiva ramera.

—Viajo sin billete porque puedo hacerlo—replicó Gloria con una altivez de gran señora, que hizo sonreír al empleado.

—Te he dicho y te repito que nadie puede viajar sin billete.

—Yo sí—institió la pequeña con terca resolución.

—Tú... ¿Y por qué íhas a tener tú ese privilegio?

—Porque soy prima de un Consejero de la Compañía, del señor de Mendoza, que viaja en este mismo tren —dijo Gloria, decidida a jugarse el todo por el todo.

—Ya me sé de memoria el cuento; pero yo no creo en esta paparrucha.

—Lléveme delante de él y se convencerá.

—Donde te voy a llevar es a la Comisaría... Anda, vamos, sígueme.

Sin más contemplaciones la arrastró a viva fuerza, pero al pasar ante el coche cama Gloria vió bajar de él a Alvaro, y adelantándose hacia el joven, le gritó con todas sus fuerzas:

—¡Primo Alvaro!... ¿Qué tal has pasado la noche?... ¡Yo muy bien!... ¡He viajado toda la noche en un vagón de tercera!... ¡Estapendo!...

—Pero... pero... —murmuró Alvaro parándose ante la muchachita sin acertar a comprender qué era aquella patraña.

—Usted perdone, señor de Mendoza —intervino el revisor con respeto, saludando al alto Consejero—. Esta chica asegura que es prima suya... y que puede viajar sin billete...

—¿Cómo?... ¿Qué...? —preguntó Alvaro, cada vez más intrigado con toda aquella historia.

—Este señor no quiere creer que soy tu prima—dijo Gloria con un gracioso mohín que hizo sonreír a Alvaro.

—¿Mi prima?

—Señor Mendoza... lo mejor será que...—intervino el revisor.

Pero Alvaro había comprendido y estaba decidido a ayudar a la moza. Con una graciosa exclamación, dijo:

—¡Ah, pero no se preocupe usted!... ¡Claro que es mi prima!... Es una chiquilla excéntrica y yo me había olvidado por completo de ella... Vámonos, prima!...

—Pues yo había creído que... Usted perdón... Me parecía, en fin, que esta niña... pero si usted dice que es verdad... Perdone, señor Mendoza...—murmuró el revisor, sin estar muy convencido de la verdad de todas aquellas sinrazones.

Fernando Díaz, que estaba aún en el compartimiento y que había presenciado desde la ventanilla toda aquella escena, se inclinó y habló a Alvaro que estaba en el andén:

—¿Cómo no nos había dicho usted que viajaba con su prima?

—Es que... yo no lo sabía—contestó Alvaro.

—Es muy interesante... ¡Encantado, señorita, encantado!... Se lo voy a anunciar a mi esposa.

Al retirarse Fernando de la ventanilla, Alvaro se volvió bruscamente hacia Gloria y con el ceño fruncido le preguntó airado:

—Pero ¿se puede saber qué lío es este?

—Pudóneme... Me iban a detener...

Por eso dije que era su prima... para que no me llevaran a la Comisaría.

Alvaro no contestó y Gloria, para romper el hielo que entre los dos creaba la situación, tomó a su perro de una pata y le presentó con una sonrisa:

—Este es Noty...

—Ya lo veo... ¿Y a dónde vais tú y Noty?—preguntó Alvaro más dulcemente, contemplando la carita ingenua y franca de aquella criatura que parecía decidida a todo menos a dejarle en paz.

—Vamos a la ciudad—contestó Gloria muy seriamente.

—¿Criatura!... Eres una niña, ¿verdad?... ¿Cuántos años tienes?

—Diez y ocho.

—¿Criatura!—vuelve a repetir Alvaro mirando con pena a la chiquilla.

La señora de Fernando Díaz se precipitó hacia ellos. Su marido acababa de darle la noticia y quería saludar a la prima del señor Mendoza. Se acercó a Gloria, que la vio llegar asombrada, le estampó dos sonoros besos en ambas mejillas y exclamó con la vehemencia y volubilidad que le eran tan peculiares:

—¡Qué agradable sorpresa, querida niña!... ¡Cómo ibamos a imaginar!... ¡Es imperdonable que no nos haya dicho que viajaba usted con su encantadora prima, Alvaro!...

—Eso es... eso es...—repitió Fernando como un eco de su esposa.

—Es que... estaba muy cansada... y se acostó en seguida—explicó Alvaro, cada vez más violento por aquella situación que le había creado la traviesa chiquilla.

—Y además en el tren me mareó—añadió Gloria para ayudar a Alvaro a salir del atolladero.

—Así se explica, porque contra el mareo no hay nada mejor que acostarse en seguida y a ser posible con un filete de ternera en la frente... ¿No lo ha probado usted nunca?

—No, señora, yo prefiero comerlo con patatas frías—afirmó Gloria.

—¿Y le va bien?—preguntó Elena, sorprendida.

—¡Estupendamente! —suspiró Gloria, apretándose el estómago—. Ahora mismo me comería uno.

—Y yo también—corroboró Fernando.

—Te guardaría tú mucho—le atajó su mujer con astívez.

—Pero, Elenita, si yo sólo he dicho...

—Tú no dices nada... Así es que usted viene a...

—A un pensionado—concluyó Alvaro antes de que Gloria hubiera podido replicar a la pregunta de la señora Díaz—. A terminar sus estudios.

—A un pensionado... ¿por qué? —preguntó Gloria, extrañada de aquella explicación.

—Ya sabes lo que me dijo tu madre al despedirme: nada de diversiones—

añadió Alvaro, añadiendo mentira sobre mentira.

—Pero si yo no quiero diversiones... si yo lo que quiero es un empleo —explicó Gloria con terrible ingenuidad.

Alvaro sudaba tinta china con aquella criatura.

—¿Pero para qué quieres tú un empleo?—preguntó Elena, extrañada.

—Eso es, ¿para qué quieres un empleo?—repitió el tío del marido.

Y como un eco más, Alvaro preguntó a su vez:

—Eso digo yo, ¿para qué quieres tú un empleo?

—Pues para... para distraerme... —dice Gloria, que ha visto reflejadas en el rostro de Alvaro todas las angustias que por su culpa está sufriendo.

Alvaro ríe satisfecho de la contestación de la niña y explica con la complacencia de un hermano mayor ante las caprichosas salidas de su hermanita:

—No le hagan caso... Es una chiquilla original y muy caprichosa... Pero siempre acaba haciendo lo que yo le mando.

Se encaminaron todos a la salida de la estación. Allí el matrimonio Díaz subió al automóvil que los estaba esperando, después de haberse despedido atentamente de Alvaro de Mendoza y su encantadora primita. Y quedaron solos, frente a frente. ❖ Consejero de

la Compañía de Ferrocarriles y la oficina del tío Martín.

—Bien... ¿y ahora qué piensas hacer? —preguntó Alvaro tras un largo silencio, mirando a Gloria y a Naty que se estaba muy quieto sentado a sus pies en espera de la resolución de su ama.

—¿Yo?... Quedarme aquí.

—¿Aquí?

—Sí, con usted—replicó Gloria con calma, como si aquello fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Conmigo?... ¡Imposible! — exclamó Alvaro, seriamente alarmado por la noticia—. Tu tío, a estas horas, ya se habrá dado cuenta de tu fuga y te estará buscando.

—Yo no quiero volver con mi tío... Yo quiero quedarme con usted—replicó Gloria con esa terquedad tan propia de los chiquillos que no entienden de razones.

—Vamos, no seas criatura... Tú misma has de comprender que esto es imposible. ¡Qué tontería insistir en quedarte conmigo! Te repito que es imposible...

—¿Imposible?... Yo he leído en un libro que nada hay imposible en este mundo.

—¡Ah, los libros!... ¡Cuánto daño te han hecho los libros! ¡Vamos, todo esto es más que una chiquillada, una tontería!... ¿No comprendes que yo

tengo que ocuparme de cosas muy importantes?

—Yo también soy importante... Y si no lo soy lo seré—dijo Gloria alzando con valiente orgullo su cabezita. Luego, más humilde, con los ojos bajos y la vocecita entristecida, añadió—: Yo creí que sería usted bueno y me ayudaría.

—Y te ayudaré... mandándote a tu casa, que es donde debes estar—dijo Alvaro, echando mano a su bolsillo y entregando a la niña un billete de banco—. Toma, para el viaje. Y no le digas a tu tío que has venido a la ciudad... Inventá cualquier mentira para que no te riña tanto. Anda, ve... Adiós, peque... ¿No quieres darme la mano? —preguntó Alvaro viendo que la chiquilla permanecía callada, con los ojos fijos en el suelo y sin tenderle la mano que él le solicitaba.

—¿Me guardas rencor? — volvió a preguntar para ver si conseguía romper el silencio en que se había sumido la chiquilla.

Gloria dió un hondo suspiro y murmuró, casi sin voz:

—No, señor...

Alvaro, compadecido, le acarició con ternura la cabezita desgreñada.

—La ciudad no es como tú la imaginas... La ciudad es mala, muy mala para quien no la conoce... Ya verás cómo el día que yo vuelva por tu pueblo me dirás que tengo razón.

—Usted no volverá nunca a mi pueblo ni se acordará nunca más de Gloria... Todo esto me lo dice para librarse de mí, ¿verdad?—inquirió la niña, alzando los ojos y clavando sus pupilas serenas y serias en las de Alvaro.

—Te prometo que iré a verte... y te prometo más: llevarte un regalo—repuso, sonriéndole, Alvaro.

—¿De veras?—exclamó Gloria olvidando su tristeza ante aquella doble promesa—. ¿Y qué será?

—¿Qué te gustaría?—preguntó Alvaro después de haber pensado un momento y sin atinar en qué podría complacer a la pequeña.

—Me gustaría... me gustaría...—dijo Gloria, reflexionando.

—Ya lo sé... ¡Un libro!

—No, no... Me gustaría...

—¿Un vestido?

—Tampoco.

—¿Una caja de bombones?

—Tampoco, tampoco...

—Bueno, mira, no puedo entretenerme más... Cuando sepas qué es lo que te haría ilusión, me lo escribes—dijo Alvaro, subiendo a su coche.

—¿Dónde?—preguntó Gloria desde la portezuela.

—Al Hotel Regina—dijo Alvaro, dirigiéndose al chofer.

Y cuando el auto ya iba a partir, la chiquilla se acercó a la portezuela, diciendo con regocijo:

—¡Ya sé lo que me gustaría!

—¿Sí?... ¿Qué es?—preguntó Alvaro asomándose un instante.

—¡Un automóvil como éste!—explicó la niña señalando el magnífico auto de Alvaro.

El joven se dejó caer asombrado en el asiento, mientras el coche emprendía veloz carrera, dejando en la acera a Gloria y a Noty, que contemplaba muy serio a su amiga, como si se percatase de la gravedad de su situación.

Cuando perdió de vista el auto que se llevaba al Príncipe de sus sueños, Gloria recogió su caja-maleta que había dejado en el suelo, para volver a la estación, decidida a tomar billete para su pueblo y volver al lado del tío Martín, obedeciendo la orden que le había dado Alvaro de Mendoza.

Pero Noty no la siguió. En vano llamó la niña a su fiel perrillo. Noty, como si la ciudad le atrajera, estaba parado allí, en medio de la calle, olfateando el ambiente, el ambiente de la ciudad que de lejos les había atraído a los dos.

—¡Noty!... ¡Noty!—gritaba Gloria desde la acera.

Noty no hacía caso. Seguía mirando la ciudad, la ciudad con su tráfico, con su ruido, con su atractivo desconocido y por lo tanto seductor.

Gloria se encogió de hombros, guntó el dinero en el bolsillo, renunció a marcharse, olfateó, como Noty, el

ambiente de la ciudad y, convencida de que aquél era su ambiente, abandonó la idea de volver al pueblo y marchó calle adelante, sin rumbo fijo, ahora sí

seguida de su fiel amigo, de su perrillo, de Noty, que era, al fin de cuentas, quien la obligaba a quedarse en la ciudad.

\* \* \*

Hotel Regina... No se borraban de la imaginación de Gloria aquellas palabras: Hotel Regina... Era donde le encontraría a él... Y él era lo único que la ataba a ella a la ciudad. Sin él, ¿qué iba a hacer, pobre criatura, abandonada y desconocida, en aquella inmensidad de calles y plazas, de pasajes y avenidas, de parques y suburbios?

Hotel Regina... Ella no sabía dónde estaba el Hotel Regina, pero sin duda su instinto la llevó hasta él. Sin darse cuenta se encontró ante la puerta del Hotel. Y como si fuera una de las asiduas concurrentes al mismo, Gloria empujó la puerta giratoria y entró en el hall, llevando en brazos a Noty y su caja-maleta, que no abandonaba nun-

ca, porque en ella llevaba todo su ajuar.

Detuvo Gloria a un botones que cruzaba el hall y le preguntó:

—¿Se hospeda aquí el señor Mendosa?

—Preguntéle en la conserjería—replicó el muchacho, indicándole con un gesto donde debía dirigirse.

Gloria se encaminó hacia el lugar indicado, pero no sabiendo a quién debía preguntar, se detuvo ante un grupo de caballeros que estaban frente a la conserjería y les repitió la pregunta:

—¿Se hospeda aquí el señor Mendosa?

—El Jefe del Hotel se lo indicará, señorita—dijo uno de los del grupo.

Gloria, que no sabía quién era el Jefe del Hotel, se dirigió a un señor viejo, muy elegante y un poco tonto que bajaba la escalera:

—Buenas noches, señor—dijo Gloria, deteniéndole.

—Buenas noches, señorita...

—Usted perdona... ¿Conoce usted al señor Mendoza?

—¿Mendoza?... ¿Mendoza?... —replicó el viejo, haciendo memoria—. Es posible que sí y es posible que no... Conozco a tanta gente, señorita... ¡y mi memoria es tan ingrata! ¿Qué aspecto tiene?

—Es guapo, alto, fuerte, moreno, elegante—replicó Gloria con vehemencia.

—¿Mendoza?... Alto, fuerte, moreno...—repitió el viejo. Y dirigiéndose a otro caballero que se acercaba a ellos, le preguntó a su vez:—Perdone, caballero, ¿usted conoce a un señor que se apellida Mendoza? Es un señor guapo, alto, fuerte, moreno, elegante...

—No, señor, no le conozco... ¿Y usted?

—¿Yo?... Tampoco... —contestó el vejete, riendo.

—¡Ah, pues es una coincidencia extraordinaria...!

—Sí que lo es, en efecto... Es curiosísimo... Lo siento, caballero, y le pido mil perdones.

—Es a mí a quien debe perdonar —replicó muy serio el caballero. Y ha-

ciendo una profunda reverencia se retiró muy digno.

—Lo mejor será, jovencita—añadió el viejo, dirigiéndose a Gloria—, que pregunte usted al Jefe del hotel.

—¡Ah! Pero ¿no es usted el Jefe?—inquirió Gloria contrariada, porque hasta entonces había creído hablar con el personaje deseado.

—¡No, señorita!—replicó divertido el caballero viejo—. El Jefe es aquí —indicó, mostrándole al que estaba junto a la conserjería.

Gloria se dirigió al aludido y lo interrogó:

—¿Es usted el Jefe del Hotel?

El grave "maitre", que se creía perfecto conocedor de las gentes y que rara vez se equivocaba, miró a la chiquilla de pies a cabeza con una mirada un poco desdenosa, y replicó:

—Sí. ¿Qué desea?

—Quiero hablar con el señor Mendoza.

—¡Ah, bien!... A ver, señorita, póngame con el 22—añadió, dirigiéndose a la telefonista y tomando él mismo el receptor telefónico.

—¿A quién anuncio?—preguntó a Gloria, mientras esperaba que le contestaran del 22.

—A...—vaciló la niña— a... su prima Gloria—añadió, resueltamente.

—Bien... ¿El 22?—preguntó el Jefe a través del teléfono. ¿Está el señor Mendoza? ¡Ah, es usted, Jaime! —

añadió al escuchar la voz del ayuda de cámara del señor Mendoza—. Aquí hay una señorita que dice ser prima de su señor... ¿Cómo?... ¿Qué dice?... Mi cargo me impide discutir con la servidumbre... Digo que aquí hay una señorita que dice es prima de don Alvaro de Mendoza... ¿Qué le digo a la señorita? Porque lo que me está usted diciendo me es completamente indiferente—añadió el Jefe, al escuchar la serie de frases llenas de sorna y malicia que, al amparo del aparato telefónico, se atrevía a dirigirle Jaime, con el que tenía entablada una rivalidad sin cuartel.

Cuando dejó el teléfono se estiró la chaqueta, se arregló la corbata, se atusó el pelo, y muy serio, muy digno, muy altivo, dijo, sin mirar a Gloria:

—Tenga la bondad de seguirme, señorita.

Gloria tomó a Nety en brazos, ajustó bien su caja, y siguió a aquel hombre tan serio, que casi le daba un poquillo de miedo, subieron en el ascensor y se encaminaron a la habitación número 22.

Salió a abrirles la puerta Jaime, en mangas de camisa, un tanto desaliñado, y cambió con el Jefe una mirada lleno de odio.

—La señorita prima del señor—dijo el "maitre" con entonación altisonante.

—Pase... —dijo Jaime cortésmente,

ayudando a Gloria, tomándole la caja de las manas.

Gloria y el perro entraron y apenas lo hubieron hecho, Jaime cerró la puerta violentamente en las mismísimas narices del rígido "maitre".

—Siéntese...—dijo Jaime a Gloria.

Gloria se sentó. Tenía Jaime una cara franca y campechana. A la niña le pareció que pronto haría muy buenas migas con aquel criado tan simpático que no tenía el empaque de aquel otro señor que a ella le daba miedo y que al fin y al cabo no era más que un simple empleado del Hotel.

Efectivamente, no tardaron en hacerse buenos amigos Gloria y Jaime. La niña, con el perro sobre las rodillas, después de haberle contado muchas cosas, le leyó un pasaje de la novela que estaba ahora ella leyendo, el pasaje que le causaba gran emoción y por el que se dejaba sugestionar con facilidad.

—No está mal—murmuró Jaime, que encontraba todo aquello de una perfecta cursilaría.

—¡Cómo que no está mal, es precioso! —exclamó Gloria, corrigiendo la frase del ayuda de cámara—. Pero es muy triste al principio... Estoy segura de que si usted la leyera le haría llorar...

—¿Usted cree, señorita?—preguntó Jaime en tono burlón.

—Sí, sí... porque usted tiene cara de

ser muy bueno... ¿Verdad que es usted muy bueno?

—Señorita... no me está bien el decirlo, pero la verdad es que tengo un corazón de oro... sobre todo delante de las mujeres bonitas.

La chiquilla no se dió por aludida ni imaginó siquiera que el pipopó iba derecho a ella, y siguió diciendo, subyugada por la lectura de su libro favorito:

—Es una muchacha muy desgraciada... Se llama Gloria, lo mismo que yo...

—¡Ah! ¿La señorita se llama Gloria? ¡Ya decía yo!... ¡Por eso me parece a mí estar en el Paraíso!

—Sí, se llama Gloria... y también ella huyó de su casa para que no la maltrataran, y se va a la ciudad... como yo he hecho...

—¿Que usted se ha escapado de su casa?

—Sí...

Ni Gloria ni Jaime se dieron cuenta de que Alvaro había llegado a la puerta de la habitación, la había entreabierta y ante el cuadro que vieron sus ojos se había quedado suspenso escuchando la conversación entre su ayuda de cámara y aquella chiquilla que se había propuesto amargarle la vida.

—Entonces... —murmuró Jaime, sin salir de su asombro—. Entonces el señor no sabe que usted ha llegado...

—No sé... Sí... No... En realidad él

sabe que estoy aquí... pero no sabe que estoy aquí... —explicó la chiquilla atontadadamente.

—¿Que sabe que está aquí... y que no sabe que está aquí...?

—Sí... ya usted me entiende, ¿verdad? —preguntó Gloria, turbada.

—No mucho, hija, no mucho —replicó Jaime, moviendo la cabeza dubitativamente.

—Verá —siguió diciendo Gloria con vehemencia—. En la novela todo sucede igual a lo que me está ocurriendo a mí ahora... Yo le explicaré... A Gloria, cuando era niña, la recogieron unos gitanos...

—¿Pero la señorita también ha vivido entre gitanos? —preguntó Jaime.

Alvaro, que seguía escuchando tan divertida conversación, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no soltar la carrajada.

—No, yo no he vivido con gitanos, pero he vivido con mi tío, que es muchísimo peor.

—¿Señorita! —exclamó Jaime con dignidad herida—. El padre de mi señor, don Enrique de Mendoza, es un perfecto caballero.

—¡Pero si yo no me refiero al padre de Alvaro! —corrigió Gloria, rienda—. Le estoy hablando de tío Martín, el tendero.

—¿Tendero?... Pero si el señorito Alvaro no tiene a nadie de la familia que sea tendero...

—No importa...—replicó Gloria dejando vagar su mirada soñadora por lo infinito—. No importa... El caso es que yo también soy libre, que he huído de mi casa... que he venido a la ciudad... ¡y que yo también he hallado a mi Príncipe encantador!

—¿Un Príncipe...? —replicó Jaime, sin comprender bien lo que la chiquilla quería decir.

—Sí... ¡Alvaro!... ¡Yo le llamo así... porque él ha de ser quien me ayude...

Alvaro no quiso seguir escuchando. Le bastaba lo que acababa de oír para tomar una heroica resolución. Bajó de cuatro en cuatro los escalones, se encaminó al teléfono y pidió comunicación con el 22.

—Jaime, oye—dijo, cuando escuchó a través del hilo la voz de su ayuda de cámara—. Esa chiquilla que está contigo...

—¿Se refiere usted a su señorita prima?—corrigió Jaime.

—¿Es Alvaro quien habla?—preguntó Gloria, poniéndose de pie de un brinco y acercándose al teléfono.

—Sí, señorita, es el señorito Alvaro que está abajo, en el vestíbulo—contestó Jaime aparte.

La voz de Alvaro, por el teléfono, se hacía más apremiante:

—Me refiero a esa chica que está contigo y que lleva un perro... Esa chica dice que es mi prima, pero no es mi prima, ¿comprendes?... Está loca.

completamente loca y tiene la manía de decir que es mi prima... Sí, sí, loca de verdad... y el perro está rabioso...

—¿Va a subir?—preguntó Gloria, tirando del brazo a Jaime que la miraba asustado y que al mismo tiempo lanzaba al chuchito unas miradas fulminantes, como si quisiera matarlo.

Jaime contestó con un signo negativo.

Gloria no escuchó más. Rápida como el rayo echó a correr y se fué recto a la escalera, decidida a alcanzar a Alvaro en el vestíbulo antes de que pudiera escapársele.

Alvaro seguía hablando precipitadamente:

—No quiero que esa chica me vea... ¿entiendes? Haz que se marche... Dile cualquier cosa... lo que te parezca... Y no me interrumpas... Haz lo que te digo... A ver si por una vez tu cerebro te sirve de algo... ¿Qué dices?... ¿Que ya ha salido de la habitación? ¿Que baja a buscarme?...

Colgó el auricular e iba a salir corriendo, pero el Jefe, que había escuchado la conversación, le detuvo:

—Perdón, señor... pero ha dicho usted que hay un perro rabioso en el hotel... y eso es peligroso... muy peligroso...

—¡Bah, esto no tiene importancia! —replicó Alvaro encogiéndose de hombros.

—¿Que no tiene importancia?

—No... El perro no me da miedo... Quien me da miedo es ella—confesó Alvaro ingenuamente.

—¿Pero es que está loca de veras?

—No, hombre, no... Se lo he dicho a Jaime para que me deshaga de ella... ¡Oh, pero ahí viene!—exclamó Alvaro viendo a Noty que bajaba la escalera ladrando de contento.

Y corrió hacia el ascensor, antes de que Gloria pudiera alcanzarle. Pero Gloria vió como Alvaro se metía en el ascensor y, volviendo grupas, subió de nuevo precipitadamente la escalera, alcanzó el cuarto 22, entró en él de estampía, siempre seguida de Noty, y se sentó en el sofá, con gran estupefacción de Jaime que, al verla entrar y al escuchar los ladridos del perro, se escondió rápido en la antecámara de Alvaro, cerrando la puerta para no ser alcanzado por aquel chobo que él de buena fe creía estaba rabioso.

Gloria esperó risueña y confiada. Así la encontró Alvaro al entrar en su departamento, suponiendo que ya se había librado de aquella criatura impertinente y porfiada.

Desalentado, dándose por vencido, se dejó caer en el sillón frente a ella y le dijo con resignada calma:

—¡Está bien... me has ganado... paciencia!

—¡Hola!—replicó Gloria, sonriendo beatíficamente, sin que le hicieran mella las palabras de él, antes al con-

trario, feliz de poderse hallar así, a su lado, con el Príncipe de sus sueños.

—¡Hola!—contestó Alvaro con franca expresión.

—¡Oh... no me ría usted!—murmuró mimosa y dulce la pequeña Gloria.—¿Verdad que no me reírás?

Alvaro fué a contestar, pero se contuvo. Se levantó impaciente, metió la mano en el bolsillo y se paseó arriba y abajo de la habitación para calmar sus nervios.

—No se enfade conmigo... Yo seré buena, se lo prometo... No me guarde rencor... —suplicó, con una voccecita tierna y conmovida la chiquilla.

—¿Pero qué quieres?... ¿Qué es lo que te propones?... ¿Por qué no tomaste el tren como yo te dije?—preguntó Alvaro, encarándose con la terca criatura.

Gloria tardó unos momentos en contestar y luego, con un gracioso mohín, dijo:

—¿Verdad que si le digo que he perdido el billete que usted me dió no se lo creerá?

—¡Claro que no!

—Pues... no... na lo he perdido... ¿Lo ve?... Le tengo igualito que cuando me lo dió—dijo Gloria mostrando el billete de banco dobladito y cuidadoso.

Alvaro sonrió. No podía enfadarse con aquella criatura toda ingenuidad, toda dulzura, toda inocente picardía.

—Nunca he conocido una muchacha tan terca como tú—le dijo, mirándola con simpatía y deponiendo aquella actitud que hasta entonces había sido francamente hostil.

—Ni yo a un hombre tan terco como usted — contestó Gloria, devolviéndole sonrisa por sonrisa, ataque por ataque.

—¿Qué?... — inquirió, asombrado. Alvaro.

—Sí, sí, no me vuelvo atrás de lo que he dicho... ¿Por qué no es usted bueno conmigo?

Alvaro no contestó. Estaba nervioso por los ladridos de Noty, que se empeñaba en no separarse de la puerta tras de la cual estaba escondido Jaime, quien, de vez en cuando, asomaba la cabeza. Dirigiéndose allá, abrió Alvaro la puerta de golpe y dijo de mal talante a su criado:

—¿Quieres no jugar más con el chuchó, Jaime?

—Pero si yo no jugaba... señor... si es que... ¿Pero no me ha dicho usted que el perrito está rabioso?

Gloria soltó una franca risotada, tomó a Noty en brazos para acallarle y dijo, sin dejar de reír:

—¿Rabioso mi chuchó? ¡Polrecito mío!... El que está rabioso es él porque no puede deshacerse de nosotros.

—Pero ven acá, criatura—dijo Alvaro, sin ofenderse por aquella directa alusión—. ¿No comprendes que la ciudad no es para tí?

—¿Por qué no puedo vivir yo en la ciudad?—inquirió la niña acariciando a su perrito—. En la ciudad vive mucha gente...

—Demasiada — interrumpió Jaime sentencioso—. Demasiada... Donde hay mucha gente hay muchas mujeres... y donde hay muchas mujeres... ¡hum, todo va mal!...

—Jaime, eso es una tontería—recriminó Alvaro a su criado.

—Sí, señor, es una tontería, pero es verdad... El señor recordará que cuando enviudé...

—¡Oh, es usted viudo!... —exclamó Gloria poniendo una carita lastimera—. ¿Qué pena!...

—Perdón, señorita... ¡Qué alegría! Fue el día más feliz de mi vida de casado...

—Bueno, Jaime, ya expondrás tus teorías en otra ocasión... Ahora se trata de que me ayudes a resolver el caso de esta chica... ¿Qué harías tú en mi caso?

—Jaime me ayudaría, me daría la mano, no me abandonaría, ¿verdad, Jaime?—inquirió Gloria, sintiendo cada vez más simpatía por el ayuda de cámara de su príncipe.

—Desde luego, señorita... y si en algo puedo servirla...

—Se trata de buscarle una colocación—dijo Alvaro para abreviar cumplimiento y complicaciones.

—Eso es... Una colocación... Yo sé

hacer de todo—dijo Gloria, sin falsa modestia.

—¿Una colocación, de lo que sea?... ¡Pues creo que se me está ocurriendo una idea!

—¡Carimha, qué cosa tan extraordinaria! — exclamó Alvaro verdaderamente asombrado de que en el cerebro de Jaime pudiera haber una idea.

—¿Por qué extraordinaria? — preguntó Gloria con candor—. A mí también se me ocurren muchas ideas...

—¡¡¡Demasiadas!!!...—exclamó Alvaro—. A mí me dan miedo tus ideas...

—En fin, si el señor lo prefiere, olvidaré la idea que yo tenía—murmuró Jaime, pronto a ofenderse.

—¿Por qué estupidez? —intervino Gloria conciliadora—. A la persona más tonta puede ocurrirle algo bueno...

—Dice usted bien, señorita—murmuró ufano Jaime; pero dándose cuenta

en el acto del doble sentido de la frase, añadió, altivo—: ¿Eh...?

—Vamos, de una vez dí lo que sea... A ver si es aceptable o no esa idea tan cacareada...

—Pues verá, señor... Precisamente, esta mañana me he enterado de que había falta una camarera en el hotel... Y yo pensaba que... tal vez... la señorita...

—¿Y por qué no lo has dicho antes?—preguntó Alvaro lleno de júbilo.

—Porque el señor no me lo había preguntado.

—¡Bravo, bravo!—batió palmas Gloria—. ¡Magnífico!... Es lo que yo necesitaba. Así me quedo en el hotel... tengo el empleo que necesito... y estoy cerca de... mi primo...

Alvaro la miró de soslayo, dió un suspiro y movió la cabeza resignado, como si estuviera convencido de que era inútil querer luchar con aquella muchachita.

Recomendada por don Alvaro de Mendoza, Gloria encontró en el acto colocación como camarera del hotel Regina.

Con su vestidito negro, su minúsculo delantal de encajes, su cofia, parecía una criadita de fantasía. Su carita ingenua y guzosa miraba al "maitre"—al que seguía teniendo un poco de miedo, pero del que se burlaba también otro poco—, mientras él le daba explicaciones convenientes, colocados ambos ante el complicado cuadro de timbres.

—Cuando los huéspedes llaman, no hay que hacerles esperar, ¿comprende?

—Sí, señor.

—Y hay que pedir permiso antes de entrar, ¿comprende?

—Sí, señor.

—Oiga... ahora han llamado... ¿Qué número ha llamado? —preguntó el "maitre", para probar si la nueva doncellita le comprendía.

—El 25, señor.

—Pues vamos... Ha de empezar a aprender su obligación. Venga conmigo y fíjese en lo que hago.

Siguió Gloria al "maitre", imitando su andar, su gesto, su altivez, y los dos se detuvieron frente al número 25.

El "maitre" tosó levemente, se arregló la corbata y dió unos ligeros golpes en la puerta con los nudillos de los dedos de su mano derecha:

—¿Ve usted? Se llama discretamente y se espera con la sonrisa en los labios—dijo, haciendo una forzada sonrisa.

—¿Así? —preguntó Gloria, forzando todavía más la nota.

—¿Da usted su permiso? —preguntó el "maitre" con aquella voz servil, a la que tan habituado estaba.

Nadie contestó. Esperaron unos momentos y el "maitre" volvió a preguntar:

—¿Se puede pasar?

El mismo silencio. Extrañado, el "maitre" abrió discretamente la puerta y miró al interior. Una señora anciana, sentada en un butacón, estaba tranquilamente leyendo, sin darse cuenta de nada de lo que pasaba a su alrededor.

El "maitre" tosó para dar así a co-

nacer su presencia a la dama, pero ésta no levantó la cabeza y entonces, acercándose a ella y haciéndole una profunda inclinación, le dijo:

—Perdón, señora, ¿ha llamado usted?

Alzó la dama la cabeza con indignación, y preguntó, ofendida:

—¿Qué quiere usted? ¿Cómo no avisas antes de entrar? ¿No comprende que éste es el cuarto de una dama?

—El timbre ha sonado, señora... — se disculpó el "maitre".

—¿Qué demonio quiere usted! ¿Hable más alto, que apenas le oigo! — gruñó la vieja dama, sorda de solemnidad.

—Digo si desea alguna cosa la señora, puesto que ha sonado el timbre. ¿Desea alguna cosa?—repitió el "maitre".

—Yo no leo la novela rosa—replicó la señora de mal talante, sin entender lo que le preguntaban.

—No digo eso, señora... Usted no me entiende... Digo que el timbre ha sonado.

—¿Que mi prima ha llegado?—preguntó la señora, siempre dando una torcida interpretación a las palabras que no entendía.

Gloria, que casi no podía contener la risa, se acercó a ella y chillándole al oído, le repitió:

—Dice que el timbre ha sonado y

por si quería algo hemos venido a su habitación.

—¿Ah, comprendo!... Pero no me interesa ninguna invitación... yo ya no bailo... Y no me grite tanto, que no estoy sorda.

—¿Sorda, no!...—exclamó Gloria—. Lo que está usted es como una tapia.

—Sí, sí, de Serapia, mi prima... Gracias, entiendo, gracias...

Gloria iba a estallar en una carcajada, pero el Jefe la contuvo con una mirada severa y las dos salieron de la habitación.

Pero lo que el cuadro de timbres marcara era el número 27. Y allí se dirigieron maestro y discípula. Era la habitación de Magda, una actriz de moda.

—¿Se puede pasar?—preguntó la voz discreta del Jefe después de haber dado los consabidos golpecillos en la puerta.

—Sí, entre—contestó la voz de Magda.

—¿Desea algo la señora?—preguntó el "maitre" entreabriendo la puerta.

—¿Ah, es usted!... Llamaba a la doncella para que coloque los vestidos en el ropero.

—Sí, señora... Gloria, cuelgue los vestidos de la señora en el armario—ordenó a la nueva doncella el rigido "maitre".

Y entre los dos comenzaron a colgar los vestidos. Gloria contemplaba toda

aquella riqueza de telas, bordados, encajes y sedas, y estaba admirada.

—¡Qué preciosos!—exclamaba, probándose los vestidos ante el espejo para ver el efecto que ella haría con alguno de ellos.

—Vamos, déjese de tonterías y vuelgase los vestidos—rió el "maitre", mirando con aviesa mirada a aquella coquetísima dancellita.

—¡Son tan lindos!—se excusó Gloria, dándose una nueva mirada al espejo.

—Acabe su tarea y vamos—ordenó el "maitre" sin dejarse enternecer.

Gloria hizo lo que le mandaban y salió de la habitación de Magda con el alma llena de deseo de poseer una colección de vestidos tan bonita como aquella.

Aquella misma noche, Gloria atisbaba por entre las cortinas el gran salón comedor del Hotel donde estaba congregado un público distinguido y elegante en torno a las mesas, mientras en la pista daban algunas parejas y en el estrado la orquesta atacaba bruscamente las notas del baile de moda.

Gloria estaba en el pasillo que daba acceso del comedor a la cocina y, tan embobada estaba en la contemplación de aquel cuadro tan nuevo para ella, que no vio que el pinche de cocina salía con histo para los cubiletes del charrañ.

El pinche se paró junto a Gloria pa-

ra mirar también, y al sostener la bandeja en alto resbaló de ella un pedazo de hielo que cayó en el pescuezo de Gloria, la cual dió un brinco al sentir el frío contacto, y a cuyo brinco el hielo pudo escabullirse por entre el escote de la blusa de la niña y meterse por su espalda, produciéndole una extraña sensación de angustia y de miedo.

Gloria, sin saber qué hacía ni qué era lo que le daba brinco por la espalda, salió despavorida al comedor, quejando junto a la orquesta y haciendo tales gesticulaciones que los comensales creyeron que se trataba de un número de variedades divertido, que la empresa les ofrecía para amenizar la cena.

Únicamente Alvaro de Mendosa, que estaba cenando al lado de los señores Diaz, se quedó intensamente pálido al ver a Gloria en aquella situación.

Elena lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Oh, Alvaro!... ¿Se fija usted?

—¿Qué?... No... No veo nada... —murmuró Alvaro, no sabiendo cómo disminuir su turbación.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?—preguntó Fernando, que siempre vagaba un poco fuera del mundo.

—¡Pero si es su primita!—exclamó Elena—. ¿No es esa chica que baila, su primita?

—¿Cómo?... No, no señora... Esa no es...

—¡Qué caso tan extraordinario!... ¡Es inaudito el parecido que existe entre las dos!

—El caso inaudito—dijo Alvaro para distraer la atención de la señora de Díaz—es el de ese señor que cena en aquella mesa.

—¿Cómo dice usted, Alvaro?—preguntó Elena, dejando de mirar a Gloria para buscar al señor que Alvaro indicaba.

—Dijo que el caso de ese hombre es horrible.

—¿Pero a qué hombre se refiere?

—A ése que está detrás de usted... A ése que cena solo en una mesa... A ése de las barbas—explicó Alvaro, mostrando a un corpulento caballero de larga barba negra, que engullía filosóficamente un gran plato de tallarines.

—¿Pues qué le pasa?

—Que ese hombre, ahí donde le vea, es un vampiro.

—¡Jesús, qué horror!—exclamó Elena asustada—. ¿Un vampiro?

—Sí, un vampiro de los que chupan la sangre... Figúrense que se ha casado doce veces y ha heredado doce veces de sus doce difuntas esposas...

—Pero, oiga, Alvaro, yo diría que esa chica...—insistió Elena, volviendo a mirar a Gloria que seguía haciendo contorsiones entre el círculo de bailarines de la pista.

—Señora, yo le ruego que se fije en ese monstruo de que le hablo... No hay

nada que mirarle a los ojos para ver que...

En aquel momento Gloria había conseguido deshacerse del círculo de parejas y desapareció por la misma puerta por la que había entrado. Alvaro dió un gran suspiro y se secó el sudor que perlaba su rostro.

—¿Qué le pasa a usted? ¿Se siente usted malo?—preguntó con interés Elena al ver la actitud de Alvaro.

—¡Oh no, no es nada!...

—Quizá la atmósfera está muy cargada... O bien el vampiro le ha impresionado—añadió Elena con maternal solícitud.

—¡Oh, no se preocupe, Elena, no es nada!... Seguramente debe ser la atmósfera...

Elena, aplicando a sus ojos los impropios, se fijó con detenimiento en el hombre de las barbas que seguía comiendo con filosofía y que hizo un gesto extraño al encontrar alguna dificultad en lo que masticaba.

Elena se sintió ofendida personalmente por aquel gesto:

—¡Ese hombre es horrible!—exclamó— Fernando—añadió, dirigiéndose a su marido—, debes ir a pedir una explicación al vampiro... porque me ha guiñado un ojo...

—¿Tú crees, Elenita?

—¿Lo dudas?—preguntó Elena mirando airada a su marido.

—Sí... digo, no, no lo duda... pero



—Nosotras creíamos que haría usted el viaje en auto.



...¡si pudiern comer como comía el hombre gordol



—¿Una ocasión de lo que son? ¡Pues creo que es me está ocurriendo una idea!



...Gloria contemplaba toda aquella riqueza de telas...



¿Y cuando no quedan más días?



—La casa era muy sencilla... con una buena ratonera.



...Gloria envuelta en un traje elegante...



De dónde había sacado aquella "toilette"?



Alvaro comenzaba a sentir angustias de muerte.



...todo el mundo anda de coronilla.



—Viviremos siempre debajo de una mesa.



"Se va Covadonga".



...togó del plato lachultra que iba a comerse.



...Y alargando el brazo lo entregó a Alvarado.



Alvaro expuso su plan de fusión de las dos compañías...



—Noty les guardóbo todavía su última jigarreta...

creo que lo prudente... es marcharnos ahora mismo—dijo Fernando, que no tenía por distintivo el vular.

—También yo creo que esto será lo

más prudente—afirmó Alvaro, que no veía el momento de deshacerse de aquel matrimonio después de todo lo que acababa de pasar.

...

Gloria entró en su habitación desrenegada, muerta, deshecha. ¿Había trabajado mucho? No, no mucho; pero había cometido tantos disparates en un día, que aquello le hacía temer todos los desastres. ¡Y para colmo de desdichas aquel pedazo de hielo que se le había metido en la espalda!... ¡Y el haber salido ella al comedor en aquel estado!... ¡Y los ojos de Alvaro que la habían mirado como si hubieran querido fulminarla!

Se sentó en el borde de la cama, se dejó caer en ella tendida, y así, vestida, sin darse cuenta, se quedó sumida en profundo sopor. El sueño, el sueño bienhechor y eterno, había venido a cerrar sus párpados y a hacerla olvidarse de todas las angustias de la jornada.

Noty entró despacio en el cuarto de

su amita, que había dejado la puerta entrecerrada, la contempló un buen rato hasta convencerse de que estaba profundamente dormida y, como si fuera un chiquillo travieso, volvió a salir al pasillo y comenzó a correr de un lado a otro en unas idas y venidas absurdas, entrando a cada momento en la habitación de Gloria y volviendo a salir como si le faltara el tiempo para hacer todo lo que él se había propuesto.

Después de muchas entradas y salidas, de muchas correrías, de ir y venir desatinadamente de un lado para otro, Noty entró de nuevo en la habitación de Gloria, se encaramó en la cama con un salto ágil, se acurrucó contra la espalda de su amita y al poco rato roncaba en un sueño plácido y confortador.

Así, perro y dueña, durmieron profundamente toda la noche hasta que el despertador, puesto a las cinco y media de la mañana, tocó su timbre de alarma y despertó a Gloria que se incorporó en el lecho y se echó a reír al ver a Noty a su lado, hecho un ovillo, mirándola con unos ojillos pícaros y llenos de bondad al mismo tiempo.

Gloria se sentó en la cama y se quedó perpleja al descubrir el panorama de su cuarto: ¡Todos los zapatos de los huéspedes del hotel habían venido a parar a él! Noty, en sus correrías nocturnas, había hecho aquella jugareta, recogiendo todos los zapatos de las habitaciones de sus respectivos dueños y llevándolos a su amita para que se divirtiera con ellos, como él se había divertido durante gran parte de la noche.

Gloria se llevó las manos a la cabeza con desesperación, pero sin poder contener la risa:

—¿Qué has hecho, Noty?... ¿Pero qué diablo te ha inspirado esa idea mala?... ¡Pobre de mí!... ¿Qué hago yo ahora con esta zapatería?... Por tu culpa me van a despedir... ¡Malo, más que malo!... ¡Debajo de la cama en seguida... si no quieres que te dé un azote!...

Obediente, Noty se escondió debajo de la cama, pero entre los flecos de la colcha asomaba su hocico y miraba a

Gloria con una mirada interrogadora, como si quisiera pedirle perdón.

Gloria fué recogiendo los zapatos y, antes de que nadie en el hotel se hubiera despertado, los colocó, sin orden ni concierto, ante las puertas de las habitaciones.

Pocas horas después, Jaime, el ayuda de cámara del Alvaro, abrió la puerta para recoger los zapatos de su amo y en su rostro se reflejó una expresión de asombro.

Tomó los zapatos, mirándolos por todas partes, y se acercó a su amo con un aire tan perplejo que hizo exclamar a Mendota:

—¿Pero qué te pasa, Jaime? Vamos, no tengas ese aire de bobo y prepárame el traje gris, el de rayas.

—Sí, señor... pero ¡fíjese el señor!— dijo Jaime, mostrándole los zapatos.

—Ya veo... ¿Qué te asombra? ¿Es que no has visto nunca unos zapatos de mujer?

—Sí, señor... Pero lo que me asombra es que no son las mionas que yo dejé anoche en la puerta de la habitación.

—¿Pues de quién son esos zapatos?

—Suyos, señor.

—¿Cómo?

—Es decir... deberían ser los del señor, porque yo dejé en la puerta los zapatos del señor... pero no son los del señor...

—Jaime, tú has bebido—comentó Al-

varo ante aquella algarabía de consideraciones.

—¿El señor recuerda si esta noche hemos cambiado de habitación?

—Te repito que estás bebido, Jaime.

—Señor, le aseguro que en mi vida había estado tan sereno como hoy.

—Entonces... ¿qué tonterías estás diciendo?

—Señor, lo que yo digo es que en lugar de los zapatos del señor he hallado éstos que no son precisamente del señor, puesto que son de señora.

—¡Azaháramos!... Esto es que se han confundido... Llama a la doncella y ella lo arreglará...

—Bien, señor... Precisamente la nueva doncella de este piso es...

—¡Gloria! — interrumpió Alvaro adivinando—. ¡No podía ser otra!... Esa chiquilla no curará nunca...

Salió al pasillo. De todas las habitaciones sonaban los timbres; de todas las habitaciones salían voces; por todas partes aparecían gentes a medio vestir, con un par de zapatos en la mano, reclamando. ¡Qué algarabía se armó! ¡Nadie tenía sus propios zapatos y toda la gente andaba toca en busca de aquellos que eran de su propiedad!

El jefe andaba desesperado de un lado a otro queriendo atender a todos sus huéspedes, y sin lograr calmar el frenesí que de ellos se había apoderado.

—¡Pero dónde estará esa mocha! — exclamaba con angustia—. ¡Dónde estará!

Jaime no dejó perder aquella ocasión para vengarse de su peor enemigo, y mirando con desprecio al "maitre", le dijo:

—¿Qué escándalo!... ¡Y en un hotel como éste!... Y todo por la incompetencia de usted. Deberían despedirle, porque no sirve para nada... Me quejaré a la Dirección.

El "maitre" miró a Jaime con una olímpica mirada de desdén y replicó, sin hacerle gran caso:

—Usted no es quién para ello.

—Pues aun así me quejaré— insistió Jaime más altivo que un mítán.

—Yo no discuto con domésticos — dijo el "maitre", volviendo la espalda.

—Ni yo con imbéciles— replicó Jaime, todo a su rencor.

Alvaro, que se había quedado en la puerta escuchando las discusiones de los huéspedes del hotel, vio cómo Gloria, agazapada para que nadie la viera, se deslizaba por el pasillo. La dejó acercarse sin hacer el más pequeño movimiento, y cuando la tuvo al alcance de su mano la cogió por el brazo, la metió en su habitación, cerró la puerta y, encarándose con ella, le dijo:

—Todo esto lleva tu marca... ¿Es por culpa tuya que se ha armado este lío?

Gloria no contestó.

Alvaro, mirándola con aquella mira-

da Hena de ternura con que miraba a aquella chiquilla cada vez que hacía un disparate, repitió, cogiéndola por la barbilla para obligarla a mirarle:

—¿Si te digo que todo ese lío lo has armado tú me lo negarás?

—¡Claro que no! —replicó Gloria con sincera vehemencia—. Pero... ha sido Noty... el que ha tenido la culpa...

—Sí, sí... ya estáis buenos los dos... Noty y tú... tú y Noty... ¡Vaya pareja!

Rieron los dos, con una risa infantil, como dos compañeros de juegos, que tras una travesura llevada a cabo felizmente, se explicaran sus mutuas fechorías.

Entró en aquel momento Jaime con el par de zapatos de su amo en la mano, pero con un aire macilento y el ojo izquierdo completamente amoratado.

—¡Pero, Jaime! —exclamó Alvaro al verle—. ¿Qué ha pasado? ¡Qué aspecto tan lastimoso trae!

—Señor, el "maître" se ha insolentado y me he visto obligado a ponerle los puntos sobre las íes...

—¿Se los has puesto tú a él o él a ti?... Porque ese ojo... no habla mucho en favor tuyo.

—Señor... —murmuró Jaime con dignidad ofendida.

Callaron porque alguien llamaba a la puerta. Alvaro salió a abrir. Era el "maître", quien, con aire humilde y macilento, preguntó:

—Perdón, señor Mendoza, ¿por casualidad está aquí la doncella?

Alvaro tapó con su cuerpo toda la puerta a fin de que el "maître" no pudiera ver a Gloria, y replicó muy serio:

—No, no está aquí... No la he visto para nada... ¿Peca...? —inquirió Alvaro, señalando el ojo derecho del "maître", que estaba tan amoratado como el izquierdo de Jaime.

—¿Decía el señor? —preguntó dignamente el dignísimo empleado del Regina.

—No... nada... nada... Los puntos sobre las íes son cosa seria... Lo siento —añadió sin poder disimular una sonrisa.

Alejóse el "maître" y Alvaro volvió al lado de la traviesa doncellita.

—¿Me despedirán, verdad? —preguntó Gloria con los ojos muy abiertos.

—Esto es lo más probable... Yo, en el lugar del Gerente, ya te habria puesto en la calle.

—¡Pobre de mí!... ¿Y dónde iré?... ¿Qué haré yo?

—Ya te lo puedes figurar... Te despedirán... Yo intercederé... Volverán a tomarte y te trasladarán al segundo piso... y a la próxima travesura te trasladarán al tercero, y así sucesivamente.

—¿Y cuando no queden más pisos? —preguntó con ingenio candor la chiquilla.

—Construirán uno nuevo para poderle mandar a él.

Los dos rieron nuevamente, divertidos; pero Gloria volvió a quedarse muy seria y preocupada y murmuró, haciendo un mohín de pena:

—A usted le hace todo esto mucha gracia, pero a mí, no... porque ya veo que tendré que volver al lado de mi tío Martín.

Gloria se había acercado a la ventana y miraba al exterior con honda melancolía, pensando en la terrible posibilidad de volver al pueblo, al viejo tenducho de su tío y a soportar el mal humor del viejo y a vivir la vida atrastrada y terrible que hasta entonces había vivido.

Alvaro se acercó a ella, la cogió por los hombros, la obligó a volverse y a que le mirara, se quedó así, en silencio, un largo rato, contemplándola, y luego le dijo muy cerca, muy cerca:

—¿Sabes, Gloria, que eres muy linda?...

Gloria se desprendió sin brusquedad de los brazos que la sujetaban y ruborosa y contenta corrió hacia la puerta de la habitación, pero antes de salir volvió a mirar a Alvaro y le preguntó entre gozosa y avergonzada:

—¿De veras... de veras me encuentra usted bonita?

—¡Encantadora! — afirmó Alvaro, queriendo detenerla.

Pero la chiquilla había cerrado la

puerta y corría por el pasillo, como si huyera, cuando de pronto se detuvo en seco, paralizada. Del ascensor que acababa de pararse en el rellano del piso, descendían doña Elena y don Fernando. Gloria quiso esconderse, pero no sabía dónde, y no encontrando medio mejor de pasar inadvertida por los ojos de los señores Díaz, abrió la primera puerta que encontró a mano y se escondió tras ella: era la puerta de la habitación del hombre de las largas barbas negras que, filosóficamente, como hacía él todas sus cosas, se adelantó y cerró la puerta; pero Gloria, que veía avanzar y acercarse a los Díaz, volvió a abrirla para que le sirviera de manopara. De nuevo el hombre de las barbas cerró la puerta y otra vez, bruscamente, Gloria la volvió a abrir, en el momento preciso en que los señores Díaz pasaban frente al cuarto del señor de las barbas que, aunque llevaba sombrero, americana, cuello y corbata, le faltaba todavía vestirse el pantalón y aparecía en calzoncillos largos, mostrando unas piernas enfundadas en la blanca tela, delgadas y deformes.

Dió Elena un grito, horrorizada, diciendo:

—¡El vampiro!... ¡Dios mío!

Y Fernando, lleno de miedo, escondiéndose detrás de su mujer, murmuró, mirando de soslayo al señor de las barbas:

—¡Pero si es el hombre de las cavernas!

El infeliz "vampiro", al verse descubierto, tiró con fuerza de la puerca para cerrarla convenientemente, y con el tirón, hizo tambalear a Gloria, quien se presentó a los señores Díaz con una sonrisita de coquejo.

—¡Pero si es Gloria!—exclamó Elena con alegría.

—Sí, sí... soy yo... ¿Cómo están ustedes?

—¿Pero cómo por aquí?... ¡Si te creíamos en el internado!

—¿En el internado?—inquirió Gloria, que ya se había olvidado de aquella pataña inventada por Alvaro. Pero recordándola rípidamente, añadió—: ¡Ah, sí, claro, estaba en el internado, pero ya lo he dejado!

—¡Ah, pícaro!... ¿No te gusta estudiar, eh?...

—Sí, sí... lo que pasa es que... que... ¿Pero no saben ustedes lo que ha pasado?—dijo, dejándose llevar de su imaginación llena de fantasías—. Pues que en el colegio había un ratón y todas las alumnas se han escapada.

—¿Como!... ¿Pero las profesoras lo han permitido?

—No, señora... Han huido también.

—¿Oyes eso, Fernando?—comentó Elena dirigiéndose a su marido que permanecía mudo de asombro.

—¡Y todo por un ratón!—murmuró Fernando—. ¡Parece increíble!

—Increíble, ¿verdad?... Pues si, señor, han huido todas... Sólo han quedado allí la profesora de Historia Natural y la de Arquitectura.

—¿Y qué hacen?

—La profesora de Historia Natural quiere que cojan vivo al ratón... y la de Arquitectura ha llamado a los bomberos.

—¿Y han acudido?

—No... porque tenían mucho trabajo... Y entonces, la profesora de Arquitectura ha dicho que lo mejor para cazar al ratón sería derribar el edificio—dijo Gloria, inventando cada vez mayores atrocidades.

—¡Qué horror!... Sin embargo, yo creo que la cosa era muy sencilla... con una buena ratonera—se atrevió a argüir Fernando.

Pero Elena no hizo caso a su marido y siguió hablando con Gloria, con aquella niña que le interesaba mucho.

—Así, te quedarías aquí con tu primo, ¿verdad?—le preguntó.

—Sí, sí, señora... con mi primo.

—¡Oh, esto es encantador!... Así podrás venir a la cena de esta noche.

—Yo bien quisiera... pero no sé si mi primo me dejará... Además, no puedo bajar al comedor... me lo han prohibido—añadió, acordándose de la escena del hielo.

—¿Cómo?... ¿Quién te lo ha prohi-

lido? ¿Por qué te lo has prohibido?

—El Jefe... digo, el médico—se corrigió Gloria, comprendiendo que estaba deslizándose por un terreno peligroso.

—¿El médico?...

—Sí... es que padeczo una enfermedad que en cuanto veo muchas mesas juntas me da un mareo horrible...

—¿Qué cosas más raras le ocurren a esta criatura!...—comentó Fernanda, pero se calló de súbito porque su mujer le dirigió una mirada fulminante que le hizo enmudecer.

Sonaron los timbres de varias habitaciones. Gloria no sabía qué hacer, porque si acudía a la llamada de los timbres se descubriría su personalidad de doncella del hotel, y si no acudía se exponía a que la despidieran de nuevo.

—¡Ay, perdón!—exclamó, dándose una palmada en la frente como si en aquel momento recordara algo de suma importancia—. Ahora recuerdo que tengo mucha prisa... Bueno, adiós, ya nos volveremos a ver, porque da la casualidad de que yo ando siempre por el pasillo.

Y haciendo unas graciosas piruetas y saltando los cuadros de las grandes loanas del pavimento, como si fuera una niña malcriada, se alejó rápida porque había visto en el extremo opuesto del pasillo al "maltró" que venía a buscarla lleno de ira.

—¡Esta chica!...—murmuró Fernando, sonriendo a la niña, que le hacía mucha gracia—. ¡Cómo brinca! ¡Si parece un galgo!...

Ante una de las mesas del gran comedor del Regina se hallaban aquella misma noche, sentados, disponiéndose a cenar opíparamente, el matrimonio Díaz, el matrimonio Alcántara, que era también del Consejo de Administración de la Compañía Ferroviaria, y Alvaro de Mendoza, que estaba bien tranquilo, pues había dejado a Gloria encerrada en una habitación a fin de que no pudiera cometer ningún disparate durante su ausencia.

La orquesta tocaba un inspirado blues, exquisitamente cantado, y cuya letra decía así:

#### QUIERO SOÑAR

Quiero soñar  
con la ilusión  
de que tengo mujer.  
Quiero volar  
para volver  
a contemplarte otra vez.  
Quiero vivir  
sólo por ver  
tus ojos verdes de mar;  
quiero soñar  
que junto a mí has de volver.

Como una estrella de plata  
que cruza el cielo  
fue nuestro amor perfumado  
congruente y bello.

Como una rosa temprana  
que se marchita  
fue nuestro amor perfumado  
congruente y bello.

Pasado el tiempo  
y en la lejanía,  
tu sombra peribó  
mi rumbo seguía.

Hoy triste y solo miran  
tras esa estrella,  
que se esfumó allá en el cielo  
como tu amor.

Se hablaba en torno a la mesa, como era natural, del asunto que a todos interesaba; del consorcio de la Compañía de los Ferrocarriles del Sur. Los tres caballeros se apasionaban con el asunto, mientras las señoras, desentendiéndose de él, miraban a su alrededor contemplando las elegantes *solettes* de las demás señoras y admirando a tal o cual tipo interesante de hombre que aun despertaba en ellas secretas inquietudes.

—Pero el acta de fusión de las dos Compañías no se ha firmado todavía— decía con vehemencia Alcántara.

—No se ha firmado, pero confío que la firma tendrá lugar en la reunión de mañana. Supongo que ya le habrán

avisado a usted de la gran importancia que tiene esa reunión: de ella depende el éxito o el fracaso de nuestra empresa—afirmó Alvaro, que era quien llevaba la voz cantante en el negocio de la fusión de las dos Compañías.

—Sí, me han avisado; pero esa reunión no estaba prevista en nuestro programa.

—No: ha sido un acuerdo de última hora...

—¿Advierte usted, doña Elena? —dijo la señora de Alcántara a la de Díaz para ver si lograba hacer cambiar de conversación a los tres hombres—. ¡Ya no les basta la oficina para hablar de sus cosas!... ¡Hasta en la mesa han de hablar de negocios!

—No deberíamos tolerarla —afirmó Elena—. Aquí hemos venido a divertimos, no a oír esas cosas de la fusión de dos Compañías que a nosotras no nos interesa para nada.

—¿Para nada...? ¿Ni aun para poder visitar con más frecuencia a sus modestos favoritos? —preguntó Alvaro con fina ironía. Y luego añadió: —Estoy sinceramente avergonzado y me creo en el deber de pedirles perdón. ¿no?...

—¡Naturalmente!.. Y tendrá que pedirlo también por otra cosa—dijo Elena, mirando sonriente a Alvaro.

—¿Por otra cosa, además?... Estoy pronto a reparar mi falta... ¿Qué nuevo delito se me imputa?

—El habernos privado de la compañía de su encantadora prima... Es usted un verdadero tirano con esa criatura.

—¡Doña Elena, por Dios, no me haga usted tan malo! —replicó Alvaro, que se veía de nuevo colocado en aquel terreno peligroso, del que él siempre procuraba huir—. Si mi prima no asiste a esta cena es... es porque está algo indispuesta...

Entendeció Alvaro. Acababa de ver entrar en el comedor, con aire de gran señora, gesto afectado, modales estudiosísimos, a Gloria envuelta en un traje elegante, sencillo y vistoso al mismo tiempo, que le dejaba al descubierto brazos y cuello y que apenas se insinuaba en la espalda. ¿De dónde habría sacado aquella chiquilla aquella *toilette* de gala?

Gloria, precedida por uno de los camareros, se acercó a la mesa donde estaba Alvaro, con la sonrisa en los labios y la mirada brillante de triunfo.

—¡Gloria! —exclamó Alvaro, desconcertado.

—No me riñas, primo... ya sé que he llegado tarde... no me riñas—dijo Gloria frunciendo en un delicioso gesto el hociquito, como si fuera una nena mimosa y arrepentida de una falta que juzgara perfectamente perdonable.

—¡Pero qué sorpresa, chiquilla! —exclamó Elena entusiasmada, besando a Gloria—. Estás encantadora...

—No la esperábamos, señorita—se atrevió a decir Fernando mientras saludaba a aquel diablillo angelical—. Alvaro nos dijo que se encontraba usted indispueta.

—Y así es, en efecto—se apresuró a afirmar Alvaro, antes de dar tiempo a que Gloria soltara algún exabrupto—. Y creo que deberías acostarte, Gloria... Estás muy cansada...

—Te aseguro que no estoy cansada en absoluto, Alvaro, y me encuentro muy bien aquí. ¡Qué espléndido está el comedor esta noche!

—No hagas caso a tu primo, querida, y quédate con nosotros... Los hombres de negocios son terribles—dijo Elena, obligando a Gloria a sentarse entre ella y Alvaro.

El camarero ofreció a Gloria la carta, que ella tomó y leyó sin entender lo que leía.

Alvaro comenzaba a sentir angustias de muerte, y muy por lo bajo le dijo a la niña:

—No comas nada... Di que estás indispueta.

—¿Por qué, si tengo hambre?—contestó Gloria en tono natural, haciendo enrojecer hasta la raíz del pelo al pobre Alvaro, que nunca se había visto en más apurada situación.

Luego, dirigiéndose al camarero y señalando con el dedo la carta, le dijo:

—Tráigame de esto.

Al poco rato le presentaban una

magnífica ración de pollo que Gloria se quedó contemplando admirada, mientras con el pie acariciaba a Notty que, clandestinamente, se había colado en el comedor y se había acurrucado debajo de la mesa a los pies mismos de su amita.

Ahora la que comenzaba a sentir angustia era la propia Gloria: miró los cubiertos que estaban sobre la mesa, al lado de su plato, y no supo por cuál decidirse; entonces miró a Alvaro y vió que éste se estiraba el cuello de la camisa, como si le apretara. Algo malo debía ocurrir, porque aquel gesto lo tenía siempre Alvaro cuando ella hacía algo que no era de su agrado.

Entonces optó por el sistema de ir tomando uno a uno cada uno de los cubiertos, y mirar a los ojos de Alvaro que le decían claramente que no era éste o el otro los adecuados para comer el pollo.

¿Para qué diablos ponían tantos chismes en la mesa, si no servían para nada? ¿No era mucho más cómodo coger el alón del pollo con los dedos y rechuparlo tan ricamente? ¿No era así como se le sacaba mejor el gusto?

Gloria fué ensayando. No sabía qué hacer de tanto cubierto. Al fin, tomándolos todos en la mano, menos uno, los entregó al camarero y le dijo en el tono más natural del mundo:

—Tome éstos, que me estorban.

Entonces comenzó a ensayar con el

único tenedor que le quedaba y el cuchillo, la forma de partir aquel alón que debía estar exquisito, pero que ella no sabía cómo comer. Al hincar el tenedor, lo hizo con tan poco acierto que el pedazo de pollo saltó sobre la mesa y salpicó a Alvaro.

Gloria está nerviosa, pero todavía lo está más Alvaro que en sus continuos movimientos para indicar a aquella criatura que no es aquella la forma de comer el pollo, deja caer al suelo la servilleta y se agacha a recogerla, descubriendo a Noty bajo la mesa.

—¡Esto nos faltaba!—suspira para sí.

Y más quedo aún, casi sin voz, le dice a Gloria:

—Déjalo, no lo comas...

—¿Que lo deje?—pregunta la niña asombrada; pues hace rato que se está relamiendo a la idea de comerse aquella exquisita tajada.

—¡Está riquísimo el pollo!—comenta en aquel momento Fernando.

—¡Exquisito!—afirma la señora Alcántara.

—¡Delicioso! ¡Nunca lo había comido con más gusto!—asegura Elena.

Y Alvaro, para evitar un desastre, afirma:

—A Gloria no le gusta el pollo.

La chiquilla franco de nuevo el hociquito. ¿Que no le gusta a ella el pollo?... ¡Habráse visto farfante mayor! ¡Si es lo que más le gusta!... Lo que

pasa es que ella sólo sabe comerlo de un modo... Y decidida, en uno de aquellos arranques suyos tan espontáneos y tan naturales, unge el pollo con los dedos y comienza a comerlo con apetito voraz.

Alvaro le propinó un solemne puntapié por debajo de la mesa, pero Gloria no hizo caso. El pollo estaba exquisito y ella tenía hambre. ¿Qué le importaban a ella las etiquetas ni las conveniencias sociales! Devolvió muy tranquila el puntapié a Alvaro, y lo hizo con tal furia que el zapato se le desprendió del pie y quedó junto a Noty que lo olió con interés por aquel jugoso que se ponía al alcance de su hocico.

Todos los comensales miraron a Gloria un poco desconcertados, y luego, Fernando, por no dejar en mal lugar a la chiquilla graciosa, sonriendo amistosamente, después de un breve instante de vacilación, tomó su pedazo de ave con los dedos y comenzó a comerlo también. La señora de Alcántara miró alternativamente a Gloria y al señor Díaz, sonrió con la misma sonrisa de bondad comprensiva, y, queriendo seguir el ejemplo, hizo igual que había hecho Gloria, y dejando el tenedor usó el más primitivo y más cómodo de todos los tenedores: los dedos.

La secundó inmediatamente su marido, y doña Elena, tras de mirar airada aquel cuadro deusado, depuso su

actitud furiosa, dulcificó la expresión, sonrió benévola y cogió su ración con los dedos para seguir degustándola.

Alvaro fué el último en ceder a la tentación; pero encontró tan cómico el cuadro que formaban en su mesa todos los comensales elegantemente vestidos y comiendo como el más primitivo hombre de las cavernas, que, soltando una risotada franca y fresca, les imitó, comiendo con los dedos el que ya iba resultando célebre pollo.

Todos rieron a coro. Era en verdad cómico la situación. Pero Gloria veía feliz, porque estaba segura de que todos aquellas señoras debían agradecerle su gesto de coger con los dedos el pollo y no tener que usar aquellos instrumentos que más parecían de tortura, inventados por la mente de un inquisidor.

Lo único que a ella le preocupaba en aquel momento era su zapato. No lograba dar con él. Tanteaba con el pie a su alrededor, pero no acertaba a dar con su zapatito que tanta falta le hacía.

En uno de los tanteos rozó, sin querer, la pierna de Elena que, creyendo que su vecino Alcántara era el atrevido, le lanzó una mirada de asombro y de complacencia al mismo tiempo, que Alcántara no supo comprender; pero como en aquel momento el pie de Gloria rozara su tobillo con un delicioso cosquilleo, miró a su vecina con una mirada de muda interrogación. ¡Vaya

la vecinita!... ¡Era delicioso tener que convivir unos días con sus compañeros de Consejo de Administración... y sus esposas!...

Gloria, que no se había dado cuenta de nada y que seguía en busca de su zapato, al no hallarlo con el pie se agachó, alzó la punta del mantel y miró debajo de la mesa: Noty se había apoderado del zapato y se disponía a salir de su escondite para ir a llevar Dios sabe a qué insuspechado rincón el zapatito de su dueña.

La chiquilla, sin pensar lo que hacía, se echó de bruces al suelo y andando a gatas se metió bajo la mesa para perseguir a Noty y alcanzar el codiciado zapato.

Alvaro tuvo tiempo para cogerla por el vestido y decirle, asustado:

—¿Gloria, pero qué vas a hacer!...

—Busco mi zapato—contestó la niña, siguiendo a gatas al perro que se escabullía de una mesa para esconderse en otra.

—Pero, chiquilla, ven acá...—murmuró Alvaro, siguiendo a Gloria también a gatas.

Elena, Fernando y los Alcántara se miraron sorprendidos.

—¿Qué pasa?

—Es que Gloria ha perdido su zapato.

—Y el zapato lo lleva el perro en la boca.

—Es preciso alcanzarle—dijo Elena,

comenzando la persecución del perro. Todos la siguieron. Comenzaban a perseguirle de pie, como personas; pero como el chuchó se empeñaba en meterse bajo todas las mesas, todos iban acabando caminando a gatas por entre las mesas del comedor, que se iba revolucionando poco a poco, ya que todos los comensales, divertidos con el juego y sintiendo entre sus piernas ya el paso del perrito, ya el de sus perneguiduras, acabaron echándose al suelo en busca del zapatito, como si fuera el de la Conchita.

—¡Noty... Noty!...—llamaba Gloria, yendo de mesa en mesa.

—¡Gloria!... ¡Gloria!—decía Alvaro, persiguiendo a su fingida primita.

—¡Ya voy, pero quiero mi zapato!... ¡Noty, ven, ven aquí!...—murmuraba Gloria, pasando de una mesa a la otra, siempre burlada por el travieso chuchó.

—¡Gloria... Gloria... Gloria!...—gritaba Alvaro, en el colmo de la desesperación.

—Noty... ¿Dónde estás?... Ven aquí, pequeño, que te daré azúcar... Ven, Noty... Noty...

Elena, Fernando, los Alcántara, todos los comensales de las otras mesas, los músicos de la orquesta, el "maître", los camareros, todo el mundo, menos el pacífico señor de las barbas negras, andaban a la busca y captura del travieso Noty. El caballero de las barbas

negras como pacíficamente, filosóficamente, mientras todo el mundo anda de coronilla.

Al fin, después de mucho rodar por debajo de las mesas, Gloria y Alvaro coinciden bajo una de ellas los dos a un tiempo. Se miran sorprendidos, se detienen frente a frente, dejan que el mantel les oculte a las miradas del resto de los concurrentes, y se sientan tranquilos, un poco fatigados, pero sonrientes los dos, como si no hubieran buscado otra cosa en aquella loca carrera que este delicioso instante.

—¿Sabes, chiquilla, que debajo de la mesa estás todavía más bonita?—dice Alvaro, acercándose mucho a la niña.

—Y tú más simpático...—murmura ella, lanzándole una mirada llena de ternura.

—Entonces... ¿sabes lo que vamos a hacer?

—Lo que tú quieras, Alvaro.

—Viviremos siempre debajo de una mesa—dice Alvaro, abrazando a la niña.

—Pero sin tanta gente... ¿eh?—responde ella, dejándose estrechar y sin hacer el menor esfuerzo por desprenderse de aquellos brazos robustos que le daban la sensación de la máxima seguridad.

—Sin tanta gente... venita... ¡Solo tú y yo!—suspiró Alvaro, estrechándola con mayor fuerza contra su pecho.

Fuera seguía el hocincho a la busca

y captura del perro y del zapato. Noty se había subido al estrado de la orquesta y mostraba, como victorioso trofeo, el zapato sujeto por sus dientes. Los comensales se abalanzaron hacia aquel lado, pero como la mesa bajo la cual gozaban su primer triunfo de amor los dos enamorados, estorbaba el paso de los persiguidores de Noty, la apartaron violentamente y aparecieron, fuertemente abrazados, unidos por un largo y apasionado beso, Gloria y Alvaro.

Estalló una risa general ante aquel cuadro insospechado. Gloria y Alvaro, un poco confusos primero, reaccionaron inmediatamente, y besándose de nuevo con un beso rápido pero contundente, rieron también, sellando con aquella risa unos espasmos que no habían necesitado de etiqueta de ninguna clase para ser concertados.

Pero entretanto el perrito seguía con su presa en la boca. Alvaro, a quien los minutos pasados bajo la mesa al lado de la chiquilla, habían dado un valor y un aplomo admirables, se acercó a la mesa del señor de las largas barbas negras, que seguía comiendo ajeno a cuanto pasaba a su alrededor, cogió del plato la chuleta que iba a comerse en aquel momento, y se la mostró a Noty, que, ingolosinado por el

requisito, abandonó su actitud hostil y abandonó en manos de Alvaro el zapatito que tanto trastorno había causado, con la intención de alcanzar la chuleta; pero Alvaro, en un quite sabio y bien dado, la apartó del chuchó, la depositó otra vez en el plato del tranquilo comensal, le dió las gracias por el favor que les había prestado, y calzó el zapatito a su encantadora Cenicienta, quien, dichosa, radiante, feliz, inundada el alma por una luz nueva y maravillosa, le sonrió, se apoyó en su brazo y fué así con él hasta la mesa, mientras le decía:

—¿Estás enfadado conmigo?

Alvaro, en lugar de contestarle, le preguntó a su vez:

—¿Te ha divertido a ti mucho toda esa escena?

—A mí, muchísimo... ¿Y a ti?—inquirió Gloria, fijando sus ojos en los de su amado.

—Te aseguro que...—comenzó éste a decir muy serio; pero reemplendo en una franca risotada, terminó—: Te aseguro que nunca me había divertido tanto como hoy..

En aquel momento una famosa orquesta de negros hizo las delicias de los espectadores interpretando la rumba cómica "Se va Covadonga".

. . .

En la mesa de los periodistas, Valdés, que estaba empeñado en obtener de Alvaro Mendoza una entrevista para averiguar qué planes había concertado en el negocio de las Compañías Ferro-carrileras, comentaba con sus compañeros de profesión las dificultades que encontraba para llegar hasta aquel hombre que no se dejaba asaltar por los representantes de la prensa.

—Creo que tendrás que desistir de tu empeño—le decían.

Pero Valdés era terco y quería salirse con la suya:

—¿Quién es esa señorita que ha alborotado tanto el comedor con su zapato y su perro?

—Dígan que es una prima del señor Mendoza.

—Pues... como está muy animadita... a ella le suministraré toda la información que necesito.

Gloria estaba, en efecto, muy animadita. La coreaba bajo las mesas, el éxito obtenido en una de ellas, la alegría de ver que sus sueños se iban convirtiendo en realidades y que su Príncipe encantador comenzaba a apreciar su es-

riño, todo esto, junto con las burbujas del champaña que ponían chisibitas en sus ojos, la hacía reír con demasiada frecuencia y la hacía cometer toda clase de locuras y excentricidades. Y cantó deliciosamente una canción titulada "La Pimentilla":

#### LA PIMENTILLA

Este es el baile de moda  
que toda la gente prefiere bailar,  
proeben todos, señores,  
y no tengan duda que repetirán.

Es "La Pimentilla"  
un baile nuevo que hace soñar;  
su dulce melodía,  
su ritmo loco nos hace amar.

Este es el baile ideal  
su grato ritmo sensual.  
Es "La Pimentilla",  
un baile que hace soñar.

—No bebas más — le decía Alvaro, apartándole de las manos la copa de champaña—. Luego lo verás todo doble.

—Déjame... Si veo doble cerraré los ojos... Y si veo dos Alvaros en vez de uno, tanto mejor para mí—replicó Gloria, vaciando de un trago la copa.

—Lo que tendrías que hacer ahora mismo es irte a dormir— insistió Alvaro.

—Déjela, Alvaro— intervino Elena, que sentía decidida simpatía por la niña—. Por una noche deje que la criatura se divierta.

—¿Ha visto usted un primo más malo?... No me deja comer ni beber...— murmuró Gloria con sus graciosos mohines de niña mimada.

En aquel momento, cuando la orquesta preludiaba un bailable, Valdés se acercó a Gloria y le dijo, inclinándose ante ella:

—¿Quiere bailar, señorita?

—Excúsela usted, no baila— contestó Alvaro, adelantándose a la réplica de Gloria.

—¿Ve usted?... ¡Ni bailar!— exclamó la chiquilla dirigiéndose a Elena. Y volviéndose a Alvaro añadió, caprichosa—: Pues ahora bailaré, en, sí, señor, bailaré.

Se levantó muy decidida, se cogió del brazo de Valdés y salió a la pista a bailar, seguida por la mirada acobardada de Alvaro, al que no le hizo ni tanto así de gracia la salida de su prima postiza, y que se desplomó en su silla.

—¡Qué original es su primo de usted!— murmuró la señora de Alcántara.

—¡Es simpatísimas!— añadió el marido, que seguía con la mirada a la muchachita, que bailaba en brazos de Valdés.

—No es más que una chiquilla, una simple chiquilla— comentó Alvaro, sonriendo, disculpándose y admirándose por su carácter todo vehemencia, toda ingenuidad, todo impulso.

Gloria bailaba aturdida y charlaba sin freno. Estaba gozosa, divínamente gozosa aquella noche, y hubiera gritado a los cuatro vientos su gozo y su felicidad. Valiéndose la apoyaba a preguntas y ella iba diciendo:

—¡Oh, Alvaro es muy inteligente!... Sus ideas son maravillosas... Desde ahora le aseguro que ningún tren llegará con retraso.

—¡Esto es imposible, señorita!— exclamó Valdés con cómica admiración.

—¿Por qué?... Para Alvaro nada hay imposible. ¿Sabe usted lo que ha hecho?

—¿Qué ha hecho?

—Pues algo maravilloso...

—Estoy intrigadísimo, señorita. ¿Qué es ello?

—Pues ha tirado todas las locomotoras, todos los vagones y todas las vías que ya estaban muy viejas y lo ha comprado todo nuevo— explicó muy serena Gloria.

—¡Pero esto cuesta muchos millones!

—¿Y eso qué importa?

—¿Los tiene su primo?

—Él dice que sí, y yo también lo digo, porque él también lo dice... y yo siempre digo lo que él dice.

—No está mal— sonrió malicioso

Valdés, que se divertía con aquella pueblerina que había bebido más de lo que su cerebro, poco acostumbrado al champagne, podía admitir.

—Además, Alvaro no necesita dinero, porque es muy listo... muy listo...

—¿Sí, eh?... ¿Vaya con su señor primo! — comentó Valdés, cada vez más burlón.

—No le diga usted a nadie... pero esa idea de comprarlo todo nuevo se la he dado ya... Y él siempre sigue mis consejos...

—Todo eso es muy interesante... muy interesante...

—Pero usted no sabe lo mejor— siguió diciendo Gloria que hablaba con la lengua un poco torpe y que tenía que cogerse cada vez más fuertemente a Valdés, porque todo en torno suyo daba vueltas desahoradas.

—¿Tiene usted que hacerme más confesiones?

—Sí, sí... Verá... Alvaro dejará los negocios porque dice que también son una tontería y con el dinero que lleva ya ganado nos iremos los dos a viajar por todo el mundo... Los dos solitoa, él y yo... ¿comprende?... Sin que nadie nos moleste...

Tuvo que aguantarse aún más fuerte, porque el suelo se le desvanecía a sus pies. Valdés, que se dio cuenta de ello, la acompañó hasta la mesa y la dejó en manos de Alvaro, quien, sostenién-

dola casi en vilo, la obligó a seguirla hacia sus habitaciones.

Con dificultad llegaron hasta la escalera. Gloria comenzó a cantar, sintiéndose primera tiple.

—¡Ssssss!—susurra Alvaro.

—¡Ssssss!—imita ella, volviendo a cantar con más brío.

—Que te calles, mujer, que no alborotes, que hay quien duerme a estas horas...

—¿Que duermen?—murmuró Gloria con trabajo—. ¿Y por qué duermen?... ¡Hip!...

—Vamos, a callar, eh huenita...

Gloria se calló, pero se sentó en un peldaño de la escalera, porque su cuerpo estaba áncengado. En el esfuerzo que hizo para sentarse arrastró consigo a Alvaro, quien quedó sentado a su lado.

—¿Estás enfadado conmigo? — le preguntó con aquel mimo con que solía hacerle siempre aquella misma pregunta.

Él le acarició la barbilla, la miró al fondo de los ojos y le contestó:

—¿A ti qué te parece?

Gloria sonrió y no replicó nada. ¡Era tan feliz, tan intensamente feliz!

Alvaro la contempló en silencio largamente y luego, mirando con detenimiento el riquísimo vestido con que iba ataviada, le dijo:

—Muy bonita... preciosa... sencilla-

mente encantadora... ¿pero de dónde has sacado ese traje?

—Del...—comenzó a decir Gloria mirando a derecha e izquierda como si temiera que alguien pudiera oírlo. Y luego se calló.

Alvaro había comprendido. Aquel vestido no podía ser de nadie más que de Magda, la vistosísima actriz que tanto lucía en las fiestas del Regina.

—Ahora mismo te quitas el vestido y lo devuelves a su dueña—ordenó Alvaro en un tono que quería ser severo.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo—insistió él.

Gloria, obediente, comenzó a levantar la falda de su vestido, pero Alvaro la contuvo con un gesto rápido:

—¡No, mujer, aquí no!... ¡Qué loca! Aquí no... En mi cuarto...

La ayudó a levantarse del suelo y continuaron la marcha por el pasillo. Cuando llegaron frente al 22, Alvaro abrió la puerta, hizo entrar a Gloria y él se quedó esperando.

—En cuanto te hayas quitado el traje me lo das... Yo mismo lo devolveré al cuarto de su propietaria.

Gloria no replicó. Obediente, entró en el cuarto, entornando la puerta.

Trabajosamente, porque la cabeza le daba vueltas vertiginosas, se quitó el vestido y alargando el brazo lo entregó, por entre la pequeña abertura que quedaba en la puerta, a Alvaro, que aguardaba.

Sorprendiéndole en aquel gesto el caballero de las largas barbas negras, y se le quedó mirando en un gesto de sorpresa y de muda reconvención. Alvaro se turbó. Dobló el vestido entre sus manos, lo volvió a desdoblar, y mostrándolo al caballero del peludo rostro, le dijo con un aire que él mismo calificó de idiota:

—No es mío... ¿sabe?

—¡Me lo figuraba, caballero!—exclamó el de las barbas con un gesto melodramático, como si acabara de escuchar la frase más espantosa que oídos humanos pudieran escuchar.

Y fué a encerrarse en su habitación, para huir del espanto de una sociedad que, según su criterio, estaba totalmente carrompida.

Alvaro, sigilosamente, con una cara muy seria, como si fuera a cometer un atentado o un robo, se dirigió a la habitación de Magda cuando vió que el de las barbas había desaparecido, y entreabriendo la puerta arrojó aquel vestido que le quemaba las manos, sin mirar hacia dónde caía ni cómo quedaba colocado.

En aquel mismo momento se escuchó el ruido de un jarrón que caía al suelo hecho añicos.

Alvaro corrió a su cuarto y preguntó alarmado a Gloria, que se le abalanzó al cuello:

—¿Se ha roto algo?

Pero la chiquilla, que estaba más que

mareada y no sabía por qué mundos estaba navegando, le dijo, mirándole fijamente con aquellos ojillos en lo que el champaña ponía chispas de luz incitadas:

—Dimme... al fin ¿yo soy tu prima... o no soy tu prima?...

—Tú no eres mi prima... sino la chica más lloca que he visto en mi vida.

la más embostera... y... la más honra — añadió cambiando de tono y abrazándola dulcemente.

Y luego, empujándola con suavidad, como a una nena a la que se quiere hacer obedecer por las buenas, le dijo con infinita ternura:

—Auda, nena, anña... Vete a dormir...

A la mañana siguiente, Alvaro, que había pasado la noche en la antecámara, porque en el dormitorio había obligado a acomodarse a la pequeña, cogió el periódico que acababa de entrarle el botones y con el consiguiente asombro y no menor indignación, leyó en gruesca caracteres el siguiente epígrafe:

LA UNION DE LOS FERROCARRILES. - INTERESANTES DECLARACIONES DE UNA PUEBLERINA QUE SE HACE PASAR POR LA PRIMA DE DON ALVARO DE MENDOZA. — “Con el dinero que ya llevamos ganudo nos iremos a cisjar por todo el mundo...”

Se llevó Alvaro las manos a la cabeza y llamó a Gloria inmediatamente. ¡Aquella criatura se había propuesto volverle loco y acabaría consiguiéndolo!... ¡Pero, Dios mío, qué era aquello!... ¿Por qué se le había ocurrido dejarla bailar con el periodista, quien sin duda había tirado de la lengua a la inocente e ingenua chiquilla campesina?...

Gloria aradió al llamamiento, riase

ña y feliz. Entró en la habitación como un rayo de sol de mañana aprileña y, echando los brazos al cuello de Alvaro, le dijo mimosa y coquetuela:

—Buenos días, Alvaro. ¿Para qué me has llamado?

Alvaro se desprendió de aquel abrazo y contestó con un gesto serio y hueco que desconcertó a la chiquilla.

—Vas a saberla en seguida... Toma, lee aquí—le contestó, presentándole el periódico.

Gloria leyó con atención todo el reportaje, sin dejar ni una coma, y se reía con una gran risa de satisfacción y contento, inconsciente del daño que podía hacer aquel escrito publicado el día mismo en que había de tener lugar la conferencia entre las dos grandes Compañías Ferrocarrileras.

—¡Qué gracioso!... ¡Pero qué gracia tiene todo esto!... ¡Si esto es precisamente todo lo que yo le dije anoche a aquel chico tan simpático que bailó conmigo!... ¡Pues hay que ver lo importante que soy, que hasta publican lo que yo digo!...

Pero al ver que Alvaro se cogía la

cabeza entre las manos en un gesto desesperado, Gloria reaccionó y dijo, mirando fijamente a su amado:

—¿Estás enojado?

Y como Alvaro no le contestase, insistió:

—¿Te enojaste anoche?... ¿Estás coloso porque hallé con él?

—¿Déjame en paz con tus celos!... ¡Fui un tonto, un imbécil al impedir que te detuvieras el día que llegamos a la ciudad!—exclamó con verdadero convencimiento.

—¿Y lo habieras consentido?—preguntó Gloria, con delido acento.

—¡Claro! ¡Eso es lo que debí hacer y me habría aborrazado el haber vivido tantos días con el corazón en vilo, en eterna zozobra por tus locuras y tus caprichos...!

—¡Alvaro!—murmuró Gloria cada vez más llena de pesadumbre.

—¡Viviendo pendiente de los enredos de una pueblerina loca, con la cabeza llena de ideas disparatadas, poniéndome a cada paso en toda clase de compromisos! ¡No sé quién me hizo tener compasión de una pueblerina como tú!

—¡Ni a mí de un presuntuoso como tú!—exclamó Gloria, ya sin poder contenerse ante tanta censura que creía fuera de lugar.

—Por lo visto, Gloria, un te das cuenta de lo que has hecho—explicó

Alvaro muy seriamente, mirando a la chiquilla con desolación.

—¿Qué he hecho?—preguntó ella, comenzando a alarmarse de veras, pues vió en el rostro de Alvaro una expresión hasta entonces desconocida, una expresión de sincero enfado, de preocupado disgusto.

—¿Y tú me lo preguntas?... Tus bromas con el joven que te invitó a bailar... tus bromitas de niña inconsciente y loca, representan el fracaso de todas mis gestiones de estos días, significan el haber perdido la oportunidad mejor de mi vida, significan no solamente que me pones en el más espantoso de los ridículos, sino que pierdo mi situación, mi prestigio y, lo que es peor aún, pierdo el éxito que ya tenía ganado...

—¡Alvaro!—murmuró Gloria con lágrimas en la voz.

—¿Y todo por culpa tuya!... Por tu inconsciencia... Por tu empeño en jactarte en mi vida... ¿Qué diablo mal intencionado te hizo ponerte en mi camino?—gritó Alvaro cada vez más exasperado.

—¡Alvaro!—repitió ella con una exclamación que era como un quejido de dolor— Yo no quería hacer eso...

—Pero lo has hecho.

—Yo te ayudaré para...

—¡No!—interrumpió él, asustado—. No quiero que hagas nada más... Lo único que quiero es que te marches inmediatamente... Que te vayas a tu pue-

blo... o al diablo... pero que te vayas y me dejes en paz...

—Entonces...—suplicó ella, mirándole con los ojos arrasados en llanto.

—¡Déjame! —atajó él, cortante—  
¡He dicho que no quiero verte más!

Gloria bajó la cabeza con desaliento... ¡Todo lo de la noche anterior no había sido más que un sueño... un sueño muy hermoso, pero irrealizable!

En silencio caminó hacia la puerta

y, antes de salir, sin volver la cabeza para que la vista de Alvaro no le restara fuerzas, dijo en voz muy baja:

—¡Adiós, Alvaro!... No me guardes rencor...

El no contestó. La dejó salir. La dejó marchar sin una palabra de despedida, de esperanza, de consuelo...

Gloria marchó desalentada y sombría hacia su habitación, sintiendo que sobre ella se había desplomado el universo.

\* \* \*

La reunión de los Consejeros de ambas Compañías Ferrocarrileras tuvo lugar aquella tarde.

Tras enunciado debate, Alvaro de Mendoza expuso su plan de fusión de las dos Compañías, haciendo resaltar las ventajas que para ambas representaba unir el capital y el esfuerzo productivo en bien de la nación, y fué tan elocuente su palabra, tan caloroso su discurso, que todos estaban pendientes de sus palabras, escuchando a aquel muchacho que, a pesar de su gran juventud, razonaba como hombre maduro y exponía sus razones con la claridad y precisión de un gran financiero.

—Éste es lo que propongo: la fusión de las dos Compañías, la unión de los intereses con el fin de conseguir un mayor rendimiento para ambas. Creo que la utilidad de esta fusión no ha podido pasar inadvertida por los señores Consejeros y cedo la palabra para que se me refute o se me apruebe esta gran obra de engrandecimiento nacional.

Alcántara fué el que tomó la voz para afirmar:

—La clara y concisa exposición del

proyecto de unión de nuestras Compañías que acaba de darnos el señor Mendoza, es una visión exacta de lo que puede hacerse en el terreno de las comunicaciones terrestres. Como Presidente de una de las Compañías y como Banquero que la finanza, he de manifestar que mi voto es absolutamente favorable a dicho proyecto... ¿No le pareció al señor Morán que así debemos hablar todos?

—Así es, señor Alcántara—contestó Morán, que era el Presidente de la Compañía de los ferrocarriles del Sur.

—¿Tiene alguien que objetar algo más?

—Nada. Nos ha convencido el señor de Mendoza.

—¿Entonces... se concede un amplio voto de confianza, por unanimidad, para que sea firmado sin más trámite el proyecto señalado?

—Se vota por unanimidad en pro de la firma—contestaron los Consejeros.

Extendióse sobre la mesa el pliego en que venían las condiciones de la fusión de las dos Compañías, y los allí reunidos fueron estampando sus firmas.

mientras Alvaro sonía en su corazón una de las dichas más grandes hasta entonces sentidas.

¡Aprobado su proyecto!... ¡No había hecho mella en el ánimo de todos aquellos senados señores, la disparatada información publicada por Valdés!... ¡Estaba todo ganado!

Ahora se le hacía tarde el momento de ir en busca de Gloria para levantarla en sus brazos y hacerle dar una serie de volteretas alocadas para mostrarle que la perdonaba y que la quería más que nunca.

Mientras él había hablado no se dió cuenta del tiempo que pasaba; pero ahora le parecía que todo se desarrollaba con una desesperante lentitud.

Cada firma le parecía la redacción de un inacabable protocolo; cada palabra cambiada entre los reunidos, el más aburrido de los discursos.

En cuanto pudo excusar su presencia, se precipitó a la calle, subió al coche, condujo a doscientos por hora y llegó al Regina como una exhalación.

Precipitose al ascensor, corrió a su cuarto, entró como un turbión en él y dijo a su criado, en el más jovial de los tonos:

—¡Hola, Jaime!... ¡Ha sido un éxito!... ¡Un éxito fantástico, como yo jamás hubiera podido esperar!... ¡Y yo que creía que...! ¡Anda, corre, ve a llamarla, que la pobrecilla se ha quedado muy triste esta mañana!...

—¿A quién quiere el señor que vaya a llamar?—preguntó Jaime con mucha circunspección.

—¿A quién va a ser? Supongo que no pretenderás llamar al "maitre" o al cocinero...

—¿El señor se refiere a la señorita Gloria?

—¡Claro, hombre, claro!

—Pues la señorita Gloria acaba de marcharse... y ha dejado esta carta para usted—replicó Jaime, entregando a Alvaro un pliego cerrado.

—¿Y tú la has dejado marchar, majadero?—gritó Alvaro, fuera de sí.

—Señor...

—¿No has hecho nada para impedir que se marchara?

—El señor olvida que me dió órdenes concretas en este asunto...

—Pero cuando un señor da órdenes tan disparatadas como éstas, el criado no debe nunca cumplirlas... Ya sé que te dije que la obligaras a marcharse... pero estaba ofuscado... no sabía lo que decía... y tú debías haberlo comprendido así.

—Señor... — volvió a murmurar el fiel Jaime, contrariado por no haber sabido interpretar el pensamiento de su señor.

—Oye, Jaime—dijo Alvaro, dulcificando la voz—. Si tú quisieras a una muchacha, la quisieras con locura, y por culpa tuya se alejara ella de tu lado para siempre, ¿qué harías?

—Ya... correría tras ella para impedirle que se marchara—contestó Jaime con convicción.

—¡A eso voy!—exclamó Alvaro saliendo de la habitación con más furia que había entrado en ella.

Bajó las escaleras de cuatro en cuatro, tropezando con todos los que se le ponían delante, llegó al hall y vio en aquel momento a Gloria que, con su sencillo vestidito de aldeana, su enja cubierta de etiquetas de conserva y Noty en brazos, se disponía a salir de aquel hotel en donde tantas locuras había cometido, en donde había sido al mismo tiempo intensamente feliz y desoladamente desgraciada, como en este instante en que, con el alma muerta a toda esperanza, se disponía a abandonar el más caro ideal de su vida...

—¡Gloria!... ¡Gloria! ¡Gloria! —gritó Alvaro corriendo hacia ella y deteniéndola por un brazo—. ¿Dónde vas?

—Huyo...—contestó la pequeña, lacónicamente.

—¿Y por qué huyes de mí?

—Alvaro—murmuró Gloria sin atreverse a mirar a su amado—, estoy avergonzada de mí misma... porque queriéndote como te quiero, te he hecho el mayor daño que podía hacerte...

—¿Que tú me has hecho daño?... ¡No, chiquilla, no!... ¡Si todo está arreglado!

—¡Todo!... Entonces... ¿ya no estás

enfadado conmigo?... ¿Es verdad que todo se ha arreglado? ¿Que no he arruinado tu carrera? ¿Que no he estropeado tu porvenir?...

—Verdad, chiquilla, verdad...

—...¿Y que ya no quieres que me marche? —añadió Gloria, sonriendo con una sonrisa llena de dulzura y de dicha.

—No, niña mía, no quiero que te marches... Quiero que te quedes a mi lado, porque gracias a ti he encontrado lo mejor de mi vida... y gracias a ti me he enamorado como un loco...

—¿Te has enamorado? ¿De quién? —preguntó ella, abriendo unos ojos enormes, llenos de asombro.

—¿De quién va a ser?... De una chiquilla muy traviesa y muy linda que se llama... ¡Gloria!... ¡Y que va a ser la Gloria de mi vida!

—¡Alvaro! —murmuró la niña, en el colmo de la felicidad.

—¿Te acuerdas, pequeña, del día en que me pediste que cuando fuera a tu pueblo te llevara un automóvil?

—Sí... ¿Qué tonta era!, ¿verdad?...

—Pues mira, Gloria... Ahora podremos ir los dos, donde tú quieras, en nuestro automóvil—añadió Alvaro, cogiéndola del brazo y haciéndola subir a su magnífico coche.

Partieron a toda velocidad en rumbo desconocido.

—¿Dónde vamos? —preguntó Glo-

ria, mirando a Alvaro, confiada y dichosa.

—A cualquier parte, niña mía... El Príncipe de tus pensamientos te conduce camino de la felicidad...

Gloria inclinó el rostro en el hombro de Alvaro, y éste se acercó ansioso de besar aquellos labios frescos y jugosos que estaban al alcance de los suyos.

Pero...

Pero Noty les guardaba todavía su última jugarreta... Saltando desde el interior del coche, puso su carita traviesa entre los rostros de los dos amantes, y el beso se perdió entre las lanas del chucho, ¡que quién sabe qué pensamientos aviesos tenía en aquel instante!

Gloria y Alvaro celebraron con una franca risotada la gracia del perro y siguieron marchando rápidos, camino de la soñada felicidad...

FIN

## NUMEROS PUBLICADOS

### SERIE TRIUNFO

- Núm. 1 Entre esposa y secretaria  
por Jean Harlow, Clark Gable y Myrna Loy
- Núm. 2 El capitán Blood  
por Errol Flynn y Olivia de Havilland
- Núm. 3 Prisionero del odio  
por Warner Baxter y Gloria Stuart
- Núm. 4 Madre Alegría  
por Ana Leyva y Gaspar Campos
- Núm. 5 Diago Corrientes  
por Pedro Terol
- Núm. 6 Una chica de provincias  
por Janet Gaynor y Robert Taylor
- Núm. 7 La esposa de su hermano  
por Robert Taylor y Bárbara Stanwyck
- Núm. 8 Aula de señoritas  
por Simone Simon y Herbert Marshall
- Núm. 9 Esposa anónima  
por Robert Taylor y Loretta Young
- Núm. 10 Miguel Strogoff o El Correo del Zar  
por Adolfo Wohlbruck, Yvonne Lebon y Charles Vanel
- Núm. 11 Canción de Cuna  
por Dorotea Wieck
- Núm. 12 Los pecados de los hombres  
por Jean Harlow y Dan Ameye
- Núm. 13 Víspera de combate  
por Annabella y Victor Francen
- Núm. 14 La contraseña  
por Robert Taylor y Bárbara Stanwyck
- Núm. 15 Lloyd de Londres  
por Tyrone Power, Madeline Carroll y Freddie Bartholomew
- Núm. 16 Redención  
por Warner Baxter, Wallace Beery, Elizabeth Allan y Mickey Rooney

- Núm. 17 Bajo el manto escarlata  
por Annabella y Conrad Veidt
- Núm. 18 El canillito y la dama  
por Rosita Moreno y Luis Sandrini
- Núm. 19 Sueños de príncipe  
por Carlos Boyer y Daniella Darrieux
- Núm. 20 Barrios de Nueva York  
por Jackie Cooper y Martin Spellman
- Núm. 21 El hijo de la Armada  
por Jean Parker, James Dunn y Martin Spellman
- Núm. 22 El hijo del héroe  
por Mickey Rooney
- Núm. 23 Amor inmortal  
por Eilan Harvey
- Núm. 24 Manón Lescaut  
por Alida Valli y Vittorio de Sica
- Núm. 25 Café Metropol  
por Tyrone Power, Loretta Young y Adolfo Menjou
- Núm. 26 El cura del penal  
por Charles Sickford
- Núm. 27 Dulce evocación  
por Jean Parker
- Núm. 28 La mejor venganza  
por Amadeo Nazzari

### SERIE FAMILIAR

- LA PEQUENA VIGIA, por Shirley Temple.  
LA POBRE NIÑA RICA, por Shirley Temple.

### SERIE "PRODUCCION NACIONAL"

- MARIQUILLA TERREMOTO, por Estrellita Castro.  
EL RAYO, por Rafael L. Somaza, Mercedes Préndes.  
LAS TRES GRACIAS, por Fuensanta Llorente, Carmen de Lació y  
Luchy Soto.  
LA LINDA BEATRIZ, por Emilio Allaga y Fernando de Granada.  
LA CASA DE LA TROYA, por Tony de Algy e Ido de Navarra.  
LA DOLORES, por Conchita Piquer.  
SANTA ROGELIA, por Rafael Rivellas, Juan de Landa y Mimi Muñoz.

EL HUESPED DEL SEVILLANO, por Luis Sagi Vela y Marta Ruel.  
 LA GITANILLA, por Estrellita Castro, Juan de Orduña y Antonio Vico.  
 LA MARQUESONA, por Pastora Imperio.  
 EL GENIO ALÉGRE, por Antonio Vico.  
 EL REY QUE RABIO, por Raquel Rodrigo.  
 EL FAMOSO CARBALEIRA, por Maruchi Fresno y F. Fernández de Córdoba.  
 JULIETA Y ROMEO, por Enrique Guinart y María Flores.  
 EL HOMBRE DE LA LEGION, por Juan de Landa y Roberto Rey.  
 LLUVIA DE MILLONES, por María Denis y Tony D'Aigy.  
 EL 13000, por Jósita Herrán y Rafael Durán.  
 POLIZON A BORDO, por Lina Yegros.  
 ESCUADRILLA, por Alfredo Mayo.  
 ALMA DE DIOS, por Amparito Rivas.  
 SU HERMANO Y EL, por Antonio Vico.  
 TOSCA, por Imperio Argentina.  
 SARASATÉ, por Alfredo Mayo.

#### SERIE TRIO

EL SECRETO DE CHAN — CHARLIE CHAN EN LA PISTA — CHARLIE CHAN EN LA OPERA,  
 CUANDO ME SIENTO FELIZ — NOCHE DE ESTRENO — LAS CUATRO REVOLTOSAS.

#### SERIE POPULAR

MISTER WONG EN EL BARRIO CHINO, por Boris Karloff.  
 MISTER WONG, DETECTIVE, por Boris Karloff.  
 EL MISTERIO DE MISTER WONG, por Boris Karloff.

#### FUERA DE SERIE

LA ROSA DESHOJADA (Vida de Santa Teresita del Niño Jesús), por Jacqueline Farrell y el niño Gabriel Farquello.  
 LA BANDERA (Legionarios del Tercio), por Annabella y Jean Gabin.  
 CANCIONERO DE ESPAÑA (Recopilación de canciones de gran éxito).  
 CANCIONERO CRIOLLO (Selección de canciones argentinas).  
 CANCIONERO CASTIZO (Selección de canciones de éxito).  
 CANCIONERO ANDALUZ (Canciones modernas de gran éxito).  
 CANCIONERO MODERNO (Letra de CIN grandes éxitos).  
 CANCIONERO DE LOS ÉXITOS (Letra de 150 grandes éxitos).  
 LA MADRE GUAPA. — Comedia en tres actos, de Adolfo Torrado.

EN PREPARACION:

**EL HIJO DEL CAID**

por RODOLFO VALENTINO

**LA DONCELLA DE LA DUQUESA**

por Carmen Gracia y Luis Peña

**UNOS PASOS DE MUJER**

por Lina Yegros

**EL PEQUEÑUELO**

por Felipin y Lucien Baroux

**LOS MILLONES DE POLICHINELA**

por M. Santaolalla, Manuel Luna y Luis Peña

**TORBELLINO**

por Estrellita Castro, etc.

Siempre y exclusivamente lo mejor

en

**EDICIONES BISTAGNE**







